

## **Contexto familiar y elección de pareja: una aproximación a través de *madres solas***

*Ana Josefina Cuevas Hernández*

---

### **Resumen**

Este artículo reflexiona sobre las relaciones del ambiente familiar en que crecemos y su posible incidencia en la elección de pareja, a partir de 24 entrevistas a profundidad semiestructuradas con mujeres. Las narrativas de las entrevistadas nos permiten ver que el contexto familiar en que crecieron y el tipo de relación que tuvieron sus padres moldearon —de manera consciente e inconsciente— sus propias decisiones y expectativas de la vida conyugal. Los hallazgos hechos por el estudio invitan a la reflexión sobre los discursos más tradicionales de la mayoría de las religiones, el Estado y los sectores más convencionales de la sociedad del mundo occidental moderno, que postulan que el matrimonio es el mayor anhelo femenino y que el amor es la base de relaciones de pareja duraderas. La discusión provee respuestas adicionales sobre la elección de pareja, desde el contexto familiar y las expectativas personales, en donde también se usan y se discuten los hallazgos hechos por otros autores en torno a la relevancia de la homogamia geográfica, social y cultural.

Palabras clave: contexto familiar, elección de pareja, amor romántico, patriarcado, imaginarios.

### **Abstract**

#### **Family context and choice of partner: an approach through *madres solas***

This article reflects upon the relationship between the family context in which women grow up and their choice of partner, based on 24 in-depth semi structured interviews to women. Their narratives allow us seeing that the family context in which they grew up and the kind of relationship their parents had, shaped —whether consciously or unconsciously— their own choice and expectation of conjugal life. The findings

done by the research invite to review the argument posed by most religions, State discourses, and the most conventional sectors of society in modern western world as marriage as the most desired stage of women and love as the starting point of a long term a relationship. Thus the discussion contributes to answer, from the family context and personal expectations, on how we choose partner by using and complementing the findings done by some authors in regards to the relevance of geographical, social, and cultural homogamy.

Key words: family context, choice of partner, romantic love, patriarchy, imaginaries.

---

## Introducción

Este artículo discute las posibles relaciones que hay entre el ambiente familiar en que crecemos y cómo esto influye en la elección de pareja. Para hacerlo se analizan 24 entrevistas a profundidad con mujeres divorciadas, separadas, madres solteras y viudas de diferentes clases sociales y edades, de ciudades medias del occidente de México. Mi argumento vincula aspectos globales, familiares y personales a estos dos momentos de la vida de las mujeres entrevistadas. El propósito es analizar cómo los *microclimas familiares* de los hogares de las entrevistadas influyeron —ya fuera de manera consciente o inconsciente— en su elección de pareja. La discusión adquiere mucha relevancia si se quieren entender las macro y microdinámicas que influyen en esta decisión más allá de los factores demográficos y psicosociales sugeridos por estudios como los de Girard (1964), Bertaux y Bertaux-Wiame (1994), Rodríguez (1997), y Bourdieu (2002; 1993) tanto en Francia como en México. Al respecto las distintas disciplinas han estudiado la relación entre los factores de clase, ocupación, edad y lugar de origen más que desde el contexto familiar. De esta manera, la presente discusión reflexiona a través de entrevistas —algo novedoso en el tema— entre el posible peso de las experiencias vividas en el seno paterno en la elección de cónyuge, además de su probable incidencia en la ruptura del lazo conyugal o la correcta elección de pareja.

La discusión está dividida en tres apartados. Las primeras dos abordan el planteamiento teórico-conceptual, metodológico y analítico usado en la generación y análisis de datos. La tercera analiza el contexto familiar o microclimas familiares en los que crecieron las entrevistadas y su posible peso en la elección de pareja. Los resultados muestran que ellas partieron de sus formas de hacer, pensar y sentir, o *habitus* como lo llama Bourdieu (1993), al elegir pareja ya fuera porque deseaban una relación distinta a la de sus padres o porque eligieron —(in)conscientemente— a personas con quienes reprodujeron dichos microclimas.

Los hallazgos y datos empíricos generados por la investigación aquí referida<sup>1</sup> contribuyen al mejor conocimiento de tres procesos. El primero de ellos es el mayor entendimiento de las dinámicas y los cambios familiares de hogares dirigidos por mujeres en ciudades medias mexicanas hasta ahora no estudiadas. Hay muy pocas investigaciones que muestren cómo se ven a sí mismas las madres solas y la manera en que se transforma su identidad tras un cambio en la estructura familiar, así como el peso de la educación y los valores inculcados a ellas en la infancia y adolescencia sobre la familia en la adultez. El trabajo de Rodríguez (1997) abona hallazgos valiosos en torno a cómo los problemas enfrentados durante el cortejo y noviazgo se reprodujeron durante la vida de pareja, así como el amor fue más un mito que un sentimiento presente en las relaciones conyugales. Sus argumentos han sido de gran ayuda para mi investigación. El segundo punto que abona la discusión es el análisis de las relaciones entre los factores micro y macro que influyeron en la elección del cónyuge desde la técnica de las entrevistas a profundidad. Al respecto las principales aproximaciones han sido desde la demografía histórica, la estadística y la psicología social, desde donde discuten el peso de factores externos en las estrategias de reproducción del matrimonio. El tercero es aproximarse a este evento desde los estudios de género en donde hay muy poca investigación al respecto.

La presente discusión retoma los argumentos de autores como Bourdieu (2002), Girard (1964), Quilodrán (2000; 2001), y Quilodrán y Sosa (2004), sobre las estrategias de reproducción matrimoniales que postulan que son la clase social, la escolaridad y la proximidad geográfica además de las motivaciones personales —a lo cual se le ha dado muy poco espacio en la discusión y análisis— las que operan la reproducción del mercado matrimonial. En este sentido, la presente discusión se orienta, al igual que las propuestas de Bourdieu y Girard, por una aproximación fenomenológica a la formación de nuevas familias ya que las narrativas de las entrevistadas muestran de manera clara cómo ellas cuestionaron y cambiaron el orden social impuesto al elegir a su pareja. Es precisamente aquí de donde se deriva la tesis central de este trabajo, la cual postula que dichas motivaciones personales están influenciadas por el contexto familiar en el que crecieron, el cambio social y sus aspiraciones personales. Veamos ahora desde dónde se entiende el planteamiento teórico y conceptual del estudio.

<sup>1</sup> La investigación de la cual se deriva el presente artículo se titula “La construcción de la identidad femenina: un estudio comparativo, 3ª parte” financiada por el fondo Ramón Álvarez Buylla de Aldana de la Universidad de Colima. La misma se desarrolló de abril de 2009 a marzo de 2010.

## 1. Consideraciones teórico-conceptuales

¿Cómo influyen el tipo de relación de los padres de las mujeres entrevistadas y la manera en que fueron educadas como mujeres en su elección de pareja y su propia relación? ¿Fue el amor—como tiende a ser enfatizado por una infinidad de películas y literatura, así como por los discursos e imaginarios cotidianos tanto familiares como institucionales— el factor que las llevó a iniciar una vida de pareja? Lo observado en investigación sugiere que la elección de pareja estuvo influida en el plano micro por la consideración de la personalidad de las potenciales parejas, su ocupación, sus valores y el atractivo físico. Esto coincide con lo encontrado por Girard (1964: 730), quien sostiene que al igual que la profesión de las personas de hoy en día no es independiente de la profesión de sus padres, el origen social similar de la pareja no genera uniones al azar. Lo anterior equivale a decir que cuando “la oveja encuentra su pareja” hay condiciones macroestructurales tales como los niveles de escolaridad, proximidad geográfica, escolar o laboral que facilitan el encuentro. Aunque distante en el tiempo y enmarcado por condiciones sociales, culturales, económicas e históricas distintas, la encuesta de Girard (1964) realizada en Francia a principios de 1960, refleja escenarios similares a los de esta investigación.

En cuanto a la manera en que operan los factores microsociales en la elección de pareja, Girard (1964: 732) también habla de la creciente necesidad de satisfacción psicológica individual de la pareja dentro del matrimonio. Asimismo, discute que la libertad de todo individuo a elegir con quién estar está limitada por toda suerte de circunstancias, en particular por las de su lugar de origen social y nivel cultural. Si la familia no le impone un matrimonio, los individuos partirán de sus necesidades psicológicas e imaginarios sociales para hacer tal elección. En el escenario estudiado no hubo imposiciones de matrimonio, fenómeno que también ha discutido Quilodrán (2001: 292), lo cual refleja el debilitamiento de las estrategias de reproducción matrimonial, en particular el control de los padres sobre la vida de los hijos.

No obstante, ello no significa que los padres no vigilen el cortejo y noviazgo de los hijos, y que no estén interesados en quién será la potencial pareja de sus hijos sino que las estrategias de reproducción del mercado matrimonial han cambiado. Los padres vigilan el cortejo de las hijas por medio de hermanos, restricciones en las salidas y la interacción de las parejas con la familia política—esto es particularmente cierto con las mujeres de clase media y media alta en las ciudades estudiadas—. Asimismo, vigilan de cerca el propio curso del matrimonio y pueden llegar a ser un elemento importante en la continuación del mismo aun en situaciones de violencia y maltrato agudo.

Dichas estrategias muestran formas alternativas de control social debido a factores de cambio tales como el incremento en la movilidad geográfica, en los niveles de escolaridad, en el ingreso y en el empleo, particularmente en los referentes a las mujeres.

De manera paralela se observó que la postura de las madres divorciadas, separadas, madres solteras y viudas estudiadas frente a sus problemas conyugales y tras el paso de una familia nuclear a una monoparental, fueron centrales en la reconstrucción de su nueva identidad de género en esta transición sociocultural y a procesos de agencia agudos.

En lo referente al uso del concepto *mujeres solas* es necesario precisar que surge de la necesidad de definir la percepción, realidad y emociones de madres de distintas categorías civiles y culturales al hablar de su condición como madres y jefas de familia. El mismo hace referencia a tres procesos psicosociales identificados en las narrativas. El primero de ellos fue la soledad o ausencia emocional que les dejó la muerte o el rompimiento con su pareja. La ruptura del lazo, ya fuera un hecho fortuito, unilateral o acordado, fue vivido como vulnerabilidad emocional y social. El segundo elemento fue el saberse y verse como las principales —y a menudo únicas responsables— de la crianza, educación y socialización de los hijos. De ahí la importancia de referirme a ellas como *mujeres solas*. El tercer elemento fue la pérdida y/o reducción de sus redes sociales y la necesidad de hacer otras nuevas debido al rechazo social, así como el poco tiempo libre que les dejó trabajar y el cuidar de los hijos. Al momento de hacer el análisis, fue evidente que por encima de su soledad como mujeres estuvo su condición de *madres solas* por la ausencia de apoyos sociales y legales. De esta manera, a lo largo del artículo uso ambos conceptos para enfatizar la condición de *mujeres* y *madres solas* y referirme a la desprotección social, institucional y hasta política en la que se encuentran.

La relevancia de estas reflexiones es central no sólo por la ausencia o pobreza de políticas públicas que atiendan de manera eficaz los hogares dirigidos por mujeres de distintas clases sociales —en particular a las de clases media, media alta y alta, pues las políticas actuales son asistencialistas y están enfocadas a los hogares más pobres—, sino también por ser la estructura familiar que más rápido crece. De acuerdo con García y De Oliveira (2005), estos hogares han sido una característica innata de la región latinoamericana desde por lo menos el siglo XVII. Las autoras encontraron que entre los siglos XVII y XIX, 24% y 45% de los hogares de Latinoamérica y El Caribe fueron encabezados por mujeres (García y De Oliveira, 2005: 32). Por su parte, García y Rojas encontraron que hacia finales del siglo XX, en 1970, aproximadamente 14% de los hogares de la región fueron dirigidos por ellas.

La cifra subió a 17% en 1990 (García y Rojas, 2002: 276) y a 21% en el año 2000 (García y Rojas, 2002: 276). Estas unidades no son pues un fenómeno nuevo ya que han representado desde al menos el siglo XVII, entre 20% y 25% de las familias en América Latina.<sup>2</sup>

La discusión empírica se hizo desde el enfoque de *género*, la *identidad*, el *imaginario*, el *estigma*, la *agencia*, la *clase social* y los *microclimas familiares*. Desde este marco se observan los efectos de la vida de pareja de los padres en la elección de la pareja propia y el camino hacia la ruptura con la misma o proceso de duelo tras perderla. Al hacerlo, surgieron importantes datos empíricos que mostraron la diversidad de factores que llevaron al inicio de la vida conyugal y la casi ausencia del amor en la vida de pareja. La evidencia de estudios demográficos, demográficos históricos, antropológicos y sociológicos y mi propia investigación permiten cuestionarse si el amor es la base de la constitución de la pareja. No obstante, los imaginarios sociales del amor son alimentados por discursos diversos tales como el del cine, los medios de comunicación, la literatura y los propios discursos de las familiares y de las instituciones educativas, religiosas y hasta políticos, que lo determinan como una precondition en la formación de una nueva pareja. En este sentido, me apoyo en el trabajo de aquellos quienes han contribuido a entender que la identidad femenina se cimenta en procesos y experiencias que no se reducen al matrimonio. Sus investigaciones reflexionan sobre el enorme peso de los procesos globales en las decisiones familiares y personales. El trabajo de Lauser (2008) y Constable (2003), si bien reflexiona sobre la condición de las mujeres y familias migrantes filipinas, tiene mucha similitud con mi propia investigación al estudiar los procesos de estigmatización de las entrevistadas al no tener pareja o tener hijos y no tener pareja.

El *género*, desde el enfoque de Butler, es definido como el “mecanismo a través del cual se producen y naturalizan las nociones de lo masculino y lo femenino” (Butler, 2006: 70). Lo cual, en sentido contrario, funciona también como un aparato en el que lo masculino y lo femenino, como parte de la diversidad sexual y de género, se reconstruyen o desnaturalizan. Es decir, el género es una construcción social que distribuye y atribuye roles sociales en función de los atributos físicos que presentan los distintos sujetos sociales, en este caso hombres y las mujeres heterosexuales, y dicha construcción es normalizada por los discursos oficiales, que son los que norman y establecen el deber ser de ambos géneros en la sociedad en que vivimos. De esta manera, aprender a ser y comportarse como mujer y como hombre es

<sup>2</sup> Es conveniente reflexionar sobre las variaciones metodológicas e históricas del levantamiento de información, así como en las definiciones de la jefatura de hogar.

aprender a construir la identidad misma. En esta lógica, el Estado, los medios de comunicación, las Iglesias y las familias regulan las múltiples identidades derivadas de la interacción de los sujetos en las distintas esferas humanas. Al imponer ideales (sobre el matrimonio y el amor en este sentido), conductas (enormes sacrificios personales en nombre del matrimonio y del amor) y deberes (tolerancia a la violencia, infidelidad, infelicidad, alcoholismo e incluso homosexualidad) en aras de un matrimonio estable y exitoso. Los individuos se esfuerzan por reproducir dichas estrategias matrimoniales y orden social pero también luchan contra dicha inercia al transitar de una estructura familiar nuclear a una monoparental.

La *identidad* es entendida en esta discusión como los límites entre lo que se dijo e hizo y lo que se dice y es. O como la llama Derrida, la doble escritura. Ésta permite pensar lo que los discursos, prácticas e instituciones que trabajan por la estabilidad y permanencia del matrimonio le permiten ser a los individuos. No obstante, también lo que no permiten y por tanto es cuestionado y permite cuestionar y confrontar las normas y pensarse en oposición a ellas. Es decir, la identidad se construye forzosamente entre lo que se fue (una mujer con pareja), lo que se es (una mujer sin pareja) y lo que se aspira a ser (permanecer soltera o elegir una pareja). Es una especie de lucha interna, consciente o no, que muestra su constante construcción, y por tanto es susceptible de resignificarse en cualquier momento y bajo la presión de nuevas preguntas, condiciones, situaciones que alteran la posición de los sujetos en la sociedad. Vista desde aquí, es una relación de poder en términos foucaultianos. En palabras de Hall, la identidad “es estratégica y posicional” (Hall, 2003: 17). En ella no hay un yo estable y acrítico idéntico a lo largo del tiempo, sino un yo cambiante forzado por las circunstancias y la posición de los sujetos en el entramado social.

En el caso de las *mujeres solas*, la ruptura con la pareja fragmenta y violenta su identidad y ésta es urgida a cambiar, a transformarse para encontrar una posición sociocultural más cómoda. Sus narrativas muestran que la nueva identidad se construye en la diferencia (el no tener pareja) y dentro del discurso del que sí la tiene, de su relación con los otros. De ahí la relevancia del concepto madres solas. En este sentido la suya es una identidad excluida y posiblemente transitoria que se construye ante el vacío de la pareja, no en condición de soltería y sin hijos. No obstante, las narrativas también muestran que el proceso de duelo tras la ruptura tiende a ser un evento transitorio y que el tiempo transcurrido entre ésta y la entrevista, permite la construcción de distintos imaginarios en la búsqueda de la nueva identidad.

Al *imaginario social* lo entiendo desde lo propuesto por Castoriadis (1975), quien considera que éste lo conforma la dimensión de los signi-

ficados discursivos prácticos, simbólicos e imaginarios que le dan forma y especificidad al comportamiento humano mediante el lenguaje. Para las mujeres solas, la construcción de su nueva identidad es estudiada mediante sus narrativas y las nuevas proyecciones que éstas les permiten imaginar en donde ellas juegan nuevos roles y entran a sistemas simbólicos en donde aprenden a interactuar de manera alternativa. Es precisamente mediante los discursos que regulan su interacción social a través del uso de elementos lingüísticos de todo tipo como pueden ser legales, religiosos, morales, sexuales y políticos. Estos elementos no sólo nombran su condición específica —ser madre abandonada, divorciada, separada, viuda o madre soltera— sino que también refleja su estatus sociocultural y su nueva identidad. En ese sentido, la representación imaginaria de *la familia* por ejemplo, se define en función de prácticas concretas (la familia compuesta por individuos del sexo opuesto y con hijos), símbolos en torno a ella (pilar de la sociedad, célula económica, estereotipo al que todo individuo debe aspirar) y por tanto imaginaria (la aspiración casi universal de formar una familia con estas características).

Para entender cómo se estructura el imaginario social de la familia en el discurso de las entrevistadas es necesario observar dos procesos. El primero es la influencia de los discursos y las prácticas familiares e institucionales, en particular los primeros, en la construcción de su identidad e imaginarios sobre ella. Esto permite ver el peso de conversaciones cotidianas, juegos infantiles, experiencias de padres, hermanos, familiares y amigos cercanos en la construcción de un imaginario de la familia y del amor. En torno a esto último valdría preguntarse si es o no un mito, ya que los estudios de Girard (1964), Bourdieu (2002), Quilodrán (2000; 2001), y Quilodrán y Sosa (2004), así como otros estudios sobre la elección de pareja y los hogares de jefatura femenina, rara vez hablan de ello. Esto quizá porque no fue su objetivo, porque los datos no responden tal cuestionamiento y por la ausencia de evidencia empírica. Así pues, los significados y las experiencias —microclimas como veremos más adelante— vividos en el seno familiar en torno a lo que es, puede ser o debe ser la familia y el amor romántico moldean lenta y profundamente sus propias aspiraciones de manera in/consciente desde una edad muy temprana hasta hacerse cuerpo y conductas espontáneas. Los hallazgos hechos por Cuevas (2010; 2012) en este respecto muestran que las mujeres entrevistadas se consideraron dañadas por el rechazo social que sufrieron tras la ruptura. Esto sugiere que la valoración de la mujer y la familia están estrechamente ligadas a la presencia del padre o la pareja. Esto es lógico cuando se observa el peso de las leyes e *inercias culturales* a las que he hecho referencia antes. Por inercias me refiero a la persistencia de posiciones, toma de decisiones, prácticas, acciones y discursos patriarcales que impiden la aplicación de

leyes, de cambios a favor de la equidad y la justicia de género dentro de todo tipo de instituciones, particularmente el Estado, las familias y las religiones. Dicho concepto surge, al igual que el de madres solas, del estudio y de la necesidad de nombrar procesos históricos, culturales y sociales concretos. El segundo punto de este argumento es la reelaboración de la propia identidad femenina tras la muerte de la pareja o su ruptura con ella a partir de los discursos y las prácticas bajo los cuales crecieron. Esto refleja contradicciones y ambigüedades de las entrevistadas al luchar por el reconocimiento de su nuevo arreglo familiar y de su condición individual como mujeres sin pareja.

¿Cómo sabe un grupo o individuo cuando alguno de ellos ha transgredido la normalidad y es señalado y estigmatizado por los demás? En un sentido estrictamente sociológico, el problema fundamental de las relaciones entre distintos grupos de una misma sociedad estriba en el lugar que cada uno de ellos ocupa en la estructura social. El lugar está determinado por las relaciones de poder entre ellos, materializadas por el lenguaje, normas, prácticas y códigos determinados en buena medida por la clase social, el sexo y la edad. Dentro de esta entramada de relaciones y significados los distintos individuos pueden ocupar o no una posición estigmatizada. Goffman (2006: 14) argumenta que el estigma surge cuando el grupo al que pertenece un individuo identifica algún elemento que lo hace diferente en cualquiera de los tres siguientes niveles: físico (malformación), tribales (políticos, religiosos, sociales, etc.) o psicológicos (delincuentes, drogadictos, mujeres sin pareja, etc.). El mismo autor señala que cuando esto sucede se produce el estigma. Por estigma entiende a “una clase especial de relación entre atributo y estereotipo” (Goffman, 2006: 14). Quien lo padece es considerado una persona no humana y partiendo de ese punto de vista, se le practican diversos tipos de discriminación. El estigmatizado es una persona que puede ser desacreditada y excluida y esto tiene un impacto significativo en su vida social. El proceso de desacreditación lo ejecuta el *normal*, es decir, el que vive dentro de los códigos que dicta la norma, quien es el que tiene la autoridad para enunciar los atributos del estigmatizado y además considera que él mismo no debe comportarse así. Para quien sufre el estigma —las madres sin pareja—, que por lo demás son individuos con las mismas creencias que una persona normal, cualquier cosa que se diga sobre ellas será entendida como un rechazo, ya que no están dispuestas a establecer contacto con ellas en igualdad de condiciones. Es por ello que al ser susceptibles de estigma y exclusión social desarrollan estrategias para evitar que su condición se conozca y evitan el contacto con los normales, es decir, se autoexcluyen. Esto explica por qué las mujeres tienden, como estrategia, a autoexcluirse al morir su pareja o romper con ella, pues su posición dentro de la sociedad se modifica y adquiere un atributo

de anormalidad que puede ser enfatizado en su contacto con los *normales*. Sin importar la condición por la cual las mujeres entrevistadas vivieron sin pareja, todas hicieron referencia a una vida social muy limitada, con nuevos amigos y una vida social incómoda.

Por *agencia* me refiero a la capacidad de respuesta de los individuos, familias o grupos sociales ante presiones externas para mediar y la manera en que ello afecta sus estructuras, sus dinámicas y su conciencia misma de la situación. Scott (1999: 61) considera que la *agencia* es la capacidad humana de construir una identidad, una vida y un entramado de relaciones que establecen fronteras y contienen la capacidad de la negación, de resistencia, de reinterpretación y el juego de la invención de la imaginación metafórica. El concepto es central para entender la capacidad de acción de las mujeres entrevistadas dentro de la adversidad. La *agencia* les permitió mediar y cambiar normas y prácticas tanto individuales como familiares que las oprimieron, ya fuera rompiendo con ellas y encontrando espacios y condiciones que reconocieron su nueva condición. En esa transición encontraron también nuevos sentidos, afectos y respetos entre los grupos y redes con los que se relacionaron.

El concepto de *clase social* al que aludo hace referencia a las distintas posiciones socioeconómicas que las madres solas ocuparon a lo largo de las fases de su ciclo de vida. Se distinguieron tres: la clase social de origen, la clase social adquirida tras la unión o el nacimiento de los hijos y la clase social adquirida tras la muerte de la pareja o la ruptura del lazo conyugal. La clase social de origen se estableció a partir de la escolaridad de las entrevistadas, la ocupación de sus padres y la ciudad de residencia. El tamaño de la ciudad fue un factor central en la selección de las mismas y en el propio análisis de los datos. La clase social adquirida se construyó a través de los indicadores de escolaridad, ocupación e ingresos propios y de la pareja —cuando los casos aplicaron— y la ciudad de residencia. Es decir, la clasificación de clases por ciudad implicó la consideración de estos indicadores, ya que la actividad económica y tamaño de la misma determinaron tanto la ocupación y el ingreso de las mujeres como los empleos a los que aspiraron y tuvieron. La clase social adquirida tras la ruptura del lazo conyugal consideró los indicadores de escolaridad, ocupación e ingresos y la ciudad de residencia. La estrategia de algunas mujeres de clase media y media alta al vislumbrar la muerte o ruptura del lazo conyugal fue titularse, hacer especialidades, maestrías o incluso doctorados como garantía de mejores empleos, y por ende de mejores ingresos. Las mujeres que emigraron a otras entidades tras la unión conyugal decidieron quedarse en la ciudad en donde se establecieron con la ex pareja al considerar que la calidad de vida era mayor que en su lugar de origen.

Entre los principales factores estuvieron el costo de la vivienda, las distancias y los tiempos entre el trabajo, la escuela y la casa, así como el ingreso. Esto les hizo más compatible el cuidado de los hijos y su vida laboral. Si bien la mayor parte de ellas consideró que el ingreso y los empleos disponibles en donde se establecieron con la pareja fueron menores —debido principalmente a la ausencia de redes familiares y/o debilitamiento de sus redes sociales que en sus ciudades de origen les ayudarían a salir adelante—, las ventajas que les ofrecieron las ciudades en donde residieron influyeron su decisión de establecerse ahí tras la ruptura del lazo conyugal.

Un concepto adicional que ayuda a definir el conjunto de experiencias vividas en el contexto familiar y su posible relación con la elección de pareja es el de *microclimas familiares*. Estos son los procesos y contextos cotidianos que moldean las actitudes y prácticas frente a la enfermedad, el abandono paterno o materno, la muerte, el alcoholismo, la irresponsabilidad económica o los distintos tipos de violencia, por ejemplo, que marcan de manera profunda el ambiente familiar.

El concepto final que abona al análisis de los datos es el de *habitus*, el cual es un proceso de familiarización con prácticas y sentidos al cuerpo de manera inconsciente, es decir, de su estructura social individual. Su incorporación supone la apropiación práctica de los esquemas que sirven para producir las prácticas adecuadas a cada situación —elegir pareja— y que al volverse tal se reproducen de manera espontánea un lenguaje corporal y actitudes frente a esa experiencia específica. Al vincular el *habitus* de las entrevistadas —la dimensión microsocioal— con las instituciones sociales en la elección del cónyuge —la dimensión macrosocioal— y ver cómo se da este proceso se puede observar cómo a pesar de ser una decisión individual, esta se halla inmersa en la estructura social del individuo, es decir, de su *habitus*.

De esta manera, las teorías y los conceptos anteriores me permiten analizar las posibles relaciones entre el contexto familiar en que crecieron las entrevistadas y la elección de pareja para reflexionar en dónde la dimensión microsocioal se vincula con la macrosocioal.

## 2. Consideraciones metodológico-analíticas

Los criterios diseñados para la selección de madres solas fueron haber tenido pareja y haber procreado hijos con ella, tener un empleo remunerado ya fuera dentro o fuera del hogar y ser responsables del cuidado, atención y socialización de sus hijos. Esto me permitió analizar diferentes dimensiones de la vida familiar antes, durante y después de la formación de la pareja y tras la

muerte de ella o la ruptura del lazo conyugal. La selección de estas etapas del ciclo de vida de cada entrevistada arrojó luz al contexto familiar en el que crecieron, a la construcción de imaginarios sobre el amor y el matrimonio, y a los efectos de la muerte de la pareja en la familia o las condiciones que llevaron a la ruptura del lazo conyugal para ver las posibles relaciones entre estos momentos de su vida.

Se realizó un total de 24 entrevistas en ciudades medias de los estados de Jalisco y Colima, seis para cada una de las categorías elegidas, que fueron divorciadas, madres solteras separadas y viudas; 15 de ellas fueron hechas en las ciudades de Colima, Manzanillo y Tecmán en el estado de Colima, y nueve en Ciudad Guzmán y Guadalajara en Jalisco. En Guadalajara se entrevistó a tres mujeres pero tras observar la dinámica socioeconómica de la ciudad, la presencia de salarios más altos que en el resto de las ciudades y la mayor oferta y diversidad de empleos, se decidió dejarla fuera debido a que imprimió una dinámica más acelerada en los hogares estudiados en Colima y Jalisco. Los datos de estas entrevistas fueron utilizados en el análisis final. El Cuadro 1 muestra los perfiles sociodemográficos de las entrevistadas.

El uso de entrevistas a profundidad en el mayor entendimiento de la relación entre el ambiente familiar, la elección de pareja y los motivos de la ruptura es una aportación de esta investigación al estudio del tema. Las investigaciones hechas hasta el momento han usado encuestas (Girard, 1964), etnografía (Bourdieu, 2002), y censos demográficos (Quilodrán, 2000; 2001; y Quilodrán y Sosa, 2004) en el análisis de las estrategias de reproducción del matrimonio. Esto me permitió, a su vez, contribuir en la reflexión de las relaciones microsociales —familia e individuo— y macrosociales —educación, empleo y movilidad geográfica— en el estudio de la elección de pareja.

El estudio de la elección de pareja desde el contexto familiar e individual desde la perspectiva de género es otro aporte del presente artículo. Hasta el momento este ha sido un tema poco trabajado en la antropología, la demografía, la sociología y la historia. Esto explica, en gran medida, la ausencia de referencias a bibliografía especializada.

El análisis de los datos empíricos aquí presentados se realizó por medio de dos criterios. El primero observó el contexto familiar en el que crecieron los padres de las entrevistadas en la construcción de su imaginario de la familia y la manera en que esta fue materializada por medio de prácticas y discursos explícitos o implícitos sobre la vida conyugal, es decir, cómo se convirtió en *habitus*. El segundo observó el posible peso de este escenario en la elección de una pareja, con lo cual se pretende entender cómo el primer punto se relaciona con el segundo.

**Cuadro 1**  
Perfil sociodemográfico de las entrevistadas

<i>Entrevista</i>	<i>Ciudad de estudio</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Ocupación</i>	<i>Clase social</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Núm. de hijos</i>
1D	Colima	Divorciada	39	Comerciante	Media	Preparatoria	1
2D	Manzanillo	Divorciada	32	Administradora de club de golf	Media alta	Licenciatura	1
3D	Manzanillo	Divorciada	38	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
4D	Manzanillo	Divorciada	34	Vendedora de bienes raíces	Media	Preparatoria	1
5D	Tecomán	Divorciada	45	Comerciante ambulante	Baja	Secundaria	3
6D	Colima	Divorciada	46	Vendedora de publicidad	Media	Preparatoria	1
1S	Tecomán	Separada	33	Vendedora ambulante de servicios funerarios	Baja	Primaria	4
2S	Colima	Separada	39	Periodista	Baja	Licenciatura	1
3S	Colima	Separada	34	Profesora e investigadora	Media	Postdoctorado	1
4S	Colima	Separada	36	Empleada doméstica	Baja	Secundaria	4
5S	Tecomán	Separada	43	Vendedora Fuller, Avon y zapatos por catálogo	Baja	Secundaria	3
6S	Guadalajara	Separada	52	Vendedora de bienes raíces	Media alta	Maestría	2

Cuadro 1 (Conclusión)

<i>Entrevista</i>	<i>Ciudad de estudio</i>	<i>Estado civil</i>	<i>Edad</i>	<i>Ocupación</i>	<i>Clase social</i>	<i>Escolaridad</i>	<i>Núm. de hijos</i>
1MS	Colima	Madre soltera	43	Empleada lavandería	Baja	Preparatoria incompleta	1
2MS	Tecomán	Madre soltera	48	Empacadora de limón	Baja	Primaria incompleta	5
3MS	Tecomán	Madre soltera	72	Comerciante	Media	Analfabeta	8
4MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	43	Cocinera	Baja	Secundaria	1
5MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	34	Comerciante de repostería	Media	Licenciatura	1
6MS	Ciudad Guzmán	Madre soltera	40	Propietaria salón de belleza	Media	Licenciatura	1
1V	Colima	Viuda	54	Cocinera	Baja	Secundaria	3
2V	Colima	Viuda	50	Abogada defensora	Media	Licenciatura	1
3V	Colima	Viuda	58	Empresaria de la construcción	Media alta	Licenciatura	5
4V	Tecomán	Viuda	39	Administradora centro comercial	Media	Licenciatura	2
5V	Guadalajara	Viuda	48	Propietaria de salón de belleza	Media	Preparatoria	2
6V	Tecomán	Viuda	64	Empleada doméstica	Baja	3° de primaria	5

El análisis está separado por categorías civiles y culturales de entrevistadas, a saber: divorciadas, separadas, madres solteras y viudas. En cada uno de ellos se consideran las diferencias de edad y clase social en la elección de pareja y se discute la relevancia de la escolaridad, la ocupación y la proximidad geográfica en dicho proceso.

### **3. La elección de pareja: una aproximación sociocultural y geográfica**

El análisis de la cercanía social, cultural y geográfica de la pareja refleja que hay altos patrones de homogamia. La homogamia de clase se clasificó a partir de la clase social y la ocupación de las entrevistadas y sus parejas; la cultural observó los niveles de escolaridad, y la geográfica el lugar de origen de la pareja al momento de la unión. Los resultados indican que en 20 de 24 parejas tuvieron una clase social semejante, en tres casos la mujer fue de clase social superior a su pareja y en el caso restante él tuvo una clase social más alta que la entrevistada. Este hecho es muy importante, ya que habla de que la endogamia sea un factor clave en la formación de parejas en mi estudio. Asimismo, esto también puede apuntar, como sugirió Girard (1964: 730) en su estudio, a la estrecha relación que hay entre la profesión de las personas y la de sus padres así como a la relevancia del origen social en el proceso. Esto es especialmente cierto en el matrimonio, en donde las estrategias de reproducción del matrimonio se mantienen de una generación a otra a pesar de la movilidad social, los crecientes niveles de escolaridad y el giro de la agricultura al comercio y la agroindustria en la región de estudio.

En cuanto a los niveles de escolaridad de la pareja se encontró que hay homogamia cultural; en ocho de 24 casos ambos tuvieron la misma escolaridad; en 10 de 24 ellas tuvieron una escolaridad superior y en los restantes seis de ellos tuvieron trayectorias escolares más largas. A menudo la diferencia fue la licenciatura. Quilodrán y Sosa (2004) encontraron evidencia similar en su estudio demográfico de emparejamiento conyugal en donde compararon, entre muchos otros factores, los niveles de escolaridad al momento de la unión en un cohorte de 1970 y 1997. Al respecto discuten que:

La libertad de elegir cónyuge se circunscribe en un abanico de opciones, más o menos rígidas, definidas socialmente y cuyo propósito, como lo expresa Bourdieu (1975), “es asegurar la transmisión de capital —económico y cultural— acumulado por una generación a la siguiente de manera relativamente armónica”. (Quilodrán y Sosa, 2004: 217)

Los datos del estudio de las autoras muestran, al igual que los míos, que los niveles de escolaridad entre ambos sexos se reducen sin importar la clase social. Esto podría explicar, como veremos más adelante, por qué las mujeres deciden tener una relación, no cuidarse durante la práctica sexual y eventualmente convertirse en madres solteras o terminar una relación tras el nacimiento del hijo.

En lo referente a la relevancia del lugar de origen en la elección de pareja se encontró un patrón similar al del estudio de Girard (1964), y Quilodrán y Sosa (2004). Las parejas fueron originarias de la misma ciudad o pueblo en 21 de 24 casos, y en los tres restantes provinieron de estados colindantes tales como Jalisco y Colima, Jalisco y Michoacán, Michoacán y Colima o el Estado de México y el Distrito Federal. Esto refleja una altísima homogamia geográfica, fenómeno tan fuerte como el social y cultural. En cuanto a los lugares y las condiciones en que se conocieron se encontró que en seis de 24 casos la pareja se encontró por medio de amigos comunes; en otros seis por medio de relaciones de vecindad (misma colonia, pueblo o ranchería); cuatro parejas en el lugar de trabajo; tres en otras circunstancias; dos en el lugar de estudio; dos más en reuniones sociales y la restante por medio de familiares.

La alta homogamia social, cultural y geográfica me permite sostener que la elección de pareja estuvo limitada a estas circunstancias, en particular por la clase social, la escolaridad y el lugar de origen. En torno a cómo se reproducen las estrategias matrimoniales, Bourdieu (2002) argumenta que cuando la familia no impone un matrimonio —situación que no se encontró en el estudio pero que sí fue vigilada e inhibida o estimulada en función del potencial de la pareja— la personalidad —valores, actitudes y cualidades considerados como atractivos y deseables— y los círculos sociales de los individuos juegan un papel central en esta dinámica. Al respecto el autor discute que:

Las estrategias de reproducción tienen por principio, no una intención consciente y racional, sino las disposiciones del *habitus* que espontáneamente tiende a reproducir las condiciones de su propia producción. Ya que dependen de las condiciones sociales cuyo producto es el *habitus* —es decir, en las sociedades diferenciadas, del volumen y de la estructura del capital poseído por la familia (y de su evolución en el tiempo)— tiende a perpetuar su identidad, que es diferencia, manteniendo brechas, distancias, relaciones de orden; así, contribuyen en la práctica a la reproducción del sistema completo de diferencias constitutivas del orden social. Las estrategias de reproducción engendradas por las disposiciones a la reproducción inherentes al *habitus* pueden ir a la par de estrategias conscientes, individuales y a veces colectivas, que, casi siempre inspiradas por

la crisis del modo de reproducción consolidado, no necesariamente contribuyen a la realización de los fines a los cuales tienden. (Bourdieu, 2002: 35-36)

Hasta el momento he discutido cómo la clase social, la escolaridad y el lugar de origen inciden de manera directa en la elección de pareja. Veamos ahora cómo el contexto familiar en que las entrevistadas crecieron podría relacionarse con el tipo de cónyuge que eligieron.

### *La elección de pareja entre las mujeres divorciadas*

¿Qué tipo de relación tuvieron los padres de las mujeres divorciadas? ¿Se relaciona de alguna manera este contexto con su propia ruptura? El análisis de los datos muestra que en cinco de seis casos las divorciadas crecieron en familias nucleares conservadoras, católicas y con doble moral, en donde hubo distintos tipos de violencia, alcoholismo, irresponsabilidad económica. En el caso restante la entrevistada creció en un ambiente estable y de respeto mutuo entre sus padres. En los seis casos las entrevistadas fueron la primera persona de su familia nuclear en divorciarse, lo cual impuso mucha presión hacia ellas al momento de la ruptura. ¿Por qué se divorciaron y cómo se conecta esto con el tipo de relación de sus padres? El análisis observa los discursos y las prácticas de las entrevistadas de la relación de pareja de los padres y se puede ver que las entrevistadas eligieron parejas que reprodujeron patrones similares a los experimentados en casa. Si bien las entrevistadas se dieron cuenta de que había actitudes desde el noviazgo que no les agradaban, al parecer no se valoró siquiera la posibilidad de que esto se convirtiera en un factor de ruptura en su propia relación. Veamos algunos ejemplos:

Ella tenía problemas con mi papá obviamente desde chica y yo siempre defendía a mi papá, desde chica, siempre yo estaba en medio de sus problemas y siempre mi papá me protegía. Por ejemplo, se peleaban mi mamá y mi papá y mi mamá me golpeaba y me dejaba moreteada hincada hasta las tres de la mañana que llegara mi papá, y que mi papá me hallara así, o sea, era como una manera de vengarse de mi papá. Y desde entonces siempre se desquitó conmigo, entonces mi papá me protegía y eso le daba mucho coraje. Entonces yo crecí y siempre mi papá me ha protegido mucho y ella es algo que no tolera, siento que por ahí viene mucho la cosa, y siempre fue así [...] de los quince años, porque a esa edad me dejaban y en mi casa fueron muy estrictos porque yo fui la mayor y la verdad eres rebelde, porque mi mamá dice que todo le contestaba, que era muy hocicona. Sin embargo mis rebeldías eran así de que me enojaba con ella y yo me iba a casa de una amiga a estudiar todo el día o a hacer trabajos, pero nada de que yo me iba de pinta, me iba a las discos, me iba a tomar, o sea, no. La

verdad es de que siempre fui muy buena niña, bien tranquila, la verdad nunca hubo problemas en ese aspecto. Entonces yo no era así, tenía mi novio y todo pero no así como que ya me quiero casar y todo. Aunque yo te voy a decir algo, en el fondo yo siento, bueno no siento, yo sé que me casé para salirme de mi casa, por la presión tan fuerte que ejercía mi mamá sobre mí [...]. Él (mi esposo) realmente nunca quiso compromiso, salía de fiesta, de parranda, se iba de fiesta y me dejaba encerrada en la casa, se desaparecía y me dejaba hasta tres días y yo ahí sin poder salir. Me llegaba tomado, ahogado, tiene un problema muy fuerte de alcoholismo. Llegaba y golpeaba puertas, golpeaba cosas, luego ni siquiera podía meterse a la casa se quedaba dormido en el carro. Y muchas cosas, mujeriego, me llegaba pintarrajeado con teléfono de chavas, a su celular le hablaban todo el tiempo. Pero eso todavía lo toleraba, lo más fuerte es el maltrato emocional, más que el físico es el emocional, físico al final sí me llegó a pegar, por eso fue que decidí salirme de ahí, pero el emocional fue muy duro.<sup>3</sup>

Ya con el tiempo te das cuenta del maltrato psicológico, te das cuenta del maltrato físico y de muchos tipos de maltrato que no lo percibes. Y a lo mejor dices, hasta mi mamá me decía: ¡aguántate (la infidelidad y los golpes)! O sea ¿cómo me voy a aguantar? ¡Perdón! O sea ¡no mamá, esto no es normal! O sea esto no es, no [...]. Le aguantó un montón a mi papá, pero te digo ahorita tiene miles de enfermedades, ¿no? O sea tiene diabetes, es hipertensa ¡un montón de cosas! Y yo digo ¡ay, pues sí, mira ahí, ve tu aguante! O sea claro, yo no se lo digo, no, pero sí, o sea mi papá sí *también*<sup>4</sup> fue canijillo en ese sentido. No de agresión ¡para nada! De agresión física para nada, no, en mi casa nunca con mi papá. Más bien mi mamá le decía sus cosas a mi papá; y mi papá se aguantaba, pero sí hubo infidelidades por parte de mi papá hacia mi mamá, sí [...]. No es el trabajo, le digo (a mi ex esposo) son tus infidelidades, o sea es así, le digo, y haz de cuenta, y lo vuelves a hacer, y lo vuelves a hacer, y lo vuelves a hacer. Eso es dice él dice que no lo pude cambiar; entonces si él ya no puede cambiar eso yo prefiero estar tranquila en mi casa, de verdad, desde que vivo sola es una paz.<sup>5</sup>

Él (mi papá) decía que las mujeres eran para casarse y (que) si estudiábamos no íbamos a ejercer nuestra profesión porque nos íbamos a casar y ya íbamos a

<sup>3</sup> Entrevista 2D, Manzanillo, divorciada, 32 años, administradora de club de golf, clase media alta, un hijo. Desde el inicio del matrimonio experimenta alcoholismo —igual que su padre— maltrato emocional —el cual padeció con su madre— y finalmente, físico y económico.

<sup>4</sup> Cursivas mías con el propósito de resaltar la comparación de la entrevistada de su situación con la de su madre para reflexionar cómo su conducta la alentó a imitarla al enfrentar la infidelidad de su pareja.

<sup>5</sup> Entrevista 4D, Manzanillo, divorciada, 34 años, vendedora de bienes raíces, clase media, un hijo. Experimenta continuas infidelidades de su pareja —su madre las experimentó y lo considera tolerable hasta cierto momento por resistencia de su familia a la ruptura— para finalmente decidirse a terminar la relación al sufrir violencia física y emocional.

dejar todo. Y entonces este yo al momento cuando yo me casé, bueno no me casé me fui a vivir con él, entonces mi papá fue así como que un golpe muy fuerte [...]. Mi papá tenía una mentalidad muy cerrada, pues imagínate de un pueblito de Tepa(titlán) [...]. A mi papá no le gustaba que trabajáramos, él nos controlaba así para el dinero, o sea yo te mantengo, yo te mando y este no, no les gustaba que trabajáramos pero sí que nos casáramos. Bueno, era muy celoso y este yo cuando le dije la primera vez que me iba a casar, o sea se puso histérico y me dijo ¿no? Te casas pero yo no te doy nada, no le gustaba nada mi novio [...]. Él (mi esposo) y yo teníamos una relación así medio tormentosa ya, duré 13 años viviendo con él, hace poquito hace cinco y medio nos casamos pero en eso ya habíamos tenido como seis separaciones. O sea me iba y regresaba, me iba y me regresaba y este, ahora nos separamos porque pues ya no nos la llevábamos bien y yo en enero de este año encontré un mensaje y me di cuenta que traía novia y de ahí se fueron agravando las cosas hasta que ya no aguanté más y nos divorciamos.<sup>6</sup>

¿Puede relacionarse el clima familiar con las experiencias vividas en la propia relación? Los fragmentos anteriores sugieren que sí y que la elección de pareja fue un proceso —además de marcado por la homogamia de clase, de escolaridad y de lugar de origen— influido por el contexto familiar de la infancia y adolescencia. A partir de esto podemos sostener que dicho contexto modeló los escenarios posibles de la vida y alentó la permanencia en relaciones no deseadas, y en no pocos casos marcada por violencia aguda además de insatisfacción emocional. Por otro lado, la referencia del contexto paterno también funcionó en el sentido opuesto; es decir, como parámetro para terminar una relación desventajosa, como veremos más adelante.

En otros casos, la elección de pareja estuvo orientada por discursos y prácticas explícitas de los padres hacia los hijos, como lo muestra la siguiente cita:

Duré siete meses de casa, de novia, pero físicamente era mi así de ¡wow! ¿no? Me encantaba (mi novio). Y había muchas cosas de él que no me gustaban [...]. Un día me dice me mamá “¿pero cómo te vas a casar? O sea ¿qué, qué onda, no?”. Dije “mira mamá, mi papá siempre nos decía que nunca nos casáramos ni con un celoso ni con un borracho ¿por qué? ¡No sé!”. Eso mi papá decía “ni con un celoso ni con un borracho” y como que se te queda grabado, ¿no? Porque esos nunca cambian y es un infierno. Yo le dije a mi mamá “mira, ni es celoso

<sup>6</sup> Entrevista 3D, Manzanillo, divorciada, 38 años, propietaria de salón de belleza, clase media, dos hijos. El factor que la lleva al divorcio es la infidelidad de su pareja —su padre fue infiel en repetidas ocasiones—, lo cual se conjugó con la creciente irresponsabilidad económica y paterna de su pareja. Su padre fue muy controlador en el aspecto económico —al igual que su marido— y no le daba dinero para la casa e hijos cuando ella trabajaba.

ni es borracho; es profesionista, no es pendejo, está jodido, pero yo se lo quito lo jodido”. Esa era mi perspectiva, o sea, pero él era como que el prototipo del jay, sí me, me encanta! Y todo lo malo que él tenía, yo me creía con la capacidad de quitárselo, cosa que fue el primer error...<sup>7</sup>

De la cita anterior conviene reflexionar sobre el peso de los valores y las actitudes inculcados en los hijos por los padres sobre las probables parejas. Éstos marcan, de manera implícita o explícita, la elección que hacemos, ya que las valoraciones de clase y de ocupación “es un profesionista”, “no es celosa ni borracho”, fueron suficientes para considerar que la relación era adecuada. La valoración de su madre, al igual que en los tres casos anteriores, fue desechada ya que se consideró que tenía cualidades que le satisfacían y eran suficientes para mantener la relación. No obstante, como ya observó Rodríguez (1997), los problemas y las diferencias detectados durante el noviazgo se desarrollan durante la vida conyugal y llevan a la ruptura con la pareja. En este sentido, la entrevistada puede ver a la distancia que “lo que no le gustaba de él” se convirtieron en factores clave en su relación que generaron desapego emocional y sexual desde el inicio del matrimonio.

De igual relevancia es el hecho de que las entrevistadas, a diferencia de sus padres, se divorciaron. Esto habla de un proceso de agencia en búsqueda de una mayor satisfacción personal en la relación de pareja que marca una diferencia muy significativa con relación a la generación anterior. De esto se puede inferir que tanto la elección de la pareja como el proceso de ruptura estuvieron marcados por la creciente necesidad de las mujeres de satisfacer sus necesidades emocionales: sentirse respetada, acompañada, tomada en cuenta, sola, etc. Emociones que vieron en sus madres pero que no estuvieron dispuestas a enfrentar en su relación de manera indefinida. Girard (1964) destacaba en su estudio de formación de parejas en Francia la relevancia de este factor ante el debilitamiento de los controles paternos. Lo encontrado por esta investigación sugiere que la ausencia de valores y actitudes en la pareja que son altamente apreciadas por las entrevistadas —respeto, armonía, fidelidad, comunicación, responsabilidad, etc.— fueron clave en el proceso

<sup>7</sup> Entrevista 1D, Colima, divorciada, 39 años, comerciante, clase media, preparatoria, un hijo. El divorcio se da al descubrir que su esposo tenía otra pareja y una hija de la misma edad que el suyo. La relación entre ellos fue sexual y emocionalmente distante desde el inicio de la relación. A este escenario se sumaron las diferencias de clase —ella de clase social media y él de clase baja aunque con mayor escolaridad que ella— las cuales son identificadas como “lo jodido” de su pareja (comidas, formas de vestir, zona habitacional, decoración de la casa, amigos, etc.); prácticas y gustos que la entrevistada creyó se podrían superar con voluntad, y con el tiempo marcaron diferencias agudas entre ellos.

de ruptura. En este proceso lo vivido en el hogar paterno fue el referente que alentó a la ruptura al no estar dispuestas a repetir el patrón.

Otro elemento de reflexión sobre las estrategias de reproducción del matrimonio y la satisfacción de necesidades personales son los mecanismos de control paternos durante el proceso de ruptura. Los fragmentos de las entrevistas muestran la resistencia de las familias ante los noviazgos de las hijas pero también ante el divorcio; esto aun cuando ellas experimentaron condiciones que las violentaron. No obstante, el haber crecido en un hogar marcado por experiencias semejantes las llevó a mantener la relación en un primer momento hasta eventualmente llegar a la ruptura y romper de manera temporal con las familias.

El término de la relación dio inicio a procesos de agencia alimentados por al menos tres factores. El primero fue el debilitamiento de la autoridad paterna en las estrategias de reproducción, no sólo de pareja sino también de la ruptura de la relación conyugal. El segundo fue la posibilidad de satisfacer sus necesidades personales mediante la ruptura del lazo conyugal, decisión que no tomaron las mujeres de la generación anterior. El tercero fueron las posibilidades que la educación y el ingreso de las entrevistadas les abrieron para mantener a su familia, como ya han apuntado muchas investigaciones (Ariza y De Oliveira, 2008; García y De Oliveira, 2005; Aranda y Arriagada, 2004; García y Rojas, 2002; Cuevas, 2012; 2010; Quilodrán, 2001; 2000; Rodríguez, 1997, entre otras). Veamos ahora cuáles podrían ser los nexos entre el contexto familiar y microclimas en el que crecieron las mujeres separadas y las parejas que eligieron.

### *La elección de pareja entre las mujeres separadas*

Los datos empíricos del contexto familiar en que crecieron las separadas indican que en tres de seis casos las entrevistadas tuvieron microclimas marcados por la presencia de dos o más factores tales como alcohol, violencia física, irresponsabilidad económica y/o infidelidad. En otro caso más la madre sola creció en un hogar con padres separados y en los dos casos restantes en ambientes familiares estables con padres dedicados a la familia. Veamos algunos fragmentos.

Había muchos golpes en casa, mucha humillación de mi padre hacia mi madre, de mi padre y la sumisión de mi mamá de que así tenía que ser y este, cualquier pretexto. Mi papá me acuerdo que llegábamos en la noche y era un miedo que teníamos hacia él, porque él llegaba y nos hablaba y terminaba todo en discusión,

golpeándonos, pegándonos [...], yo como que nunca pensé casarme. Pensé que todos los hombres eran así violentos [...] (Mi esposo y yo) nos casamos, decidimos casarnos un 24 de diciembre, mi mamá me dijo que no que como no era virgen, yo estaba embarazada, y que ya no me podía casar de blanco y me puse de negro. Él no llegaba, eran las ocho de la noche y él no llegaba, llegó como al cuarto para las nueve, el juez ya estaba allí y toda mi familia y parecía velorio aquello. Mi hermano llorando, mi mamá también, todos pedos y Édgar llegó bien pedo con su familia y me decía “es que yo no me quiero casar”. Y pasó toda la noche reprochándome cosas, me decía “hazte para acá”, “no te vayas para allá”, “no te hagas pendeja”. Pues ya estaba pedo y fue todo como muy humillante y me acuerdo que cuando el juez me dijo se quieren casar estuve a punto de decir no pero no tuve el valor. Dije, empecé así como venganza (hacia mi esposo) “¡ahora te casas!”. Nos casamos y fue la noche más tormentosa de mi vida, la noche más horrible porque cuando dije “sí acepto”, ahí fue cuando todo mundo se soltó a llorar y volteaba y veía las caras de todos. Así como en mi casa se acaba la fiesta y vámonos a su casa. Cuando llegamos a su casa al ver su cuarto todo tirado, la cama vieja, a nosotros lo poquito que nos daban (mis papás) nos lo daban bien, nos tenían consentidos. Y Édgar pues no tenía todo eso porque su mamá tenía que salir a trabajar, era madre y padre sola. Así es de que (ella dijo) “háganse la vida como puedan”. Con ella no, me dio un vuelco ver todo esto. Pero para esto mi papá le pidió a Édgar que me dejara terminar de estudiar, lo único que le pedía de favor era que me dejara terminar mi carrera, si él quería terminar una carrera; como en ese tiempo Édgar estaba estudiando computación le brindó la oportunidad de estudiar una carrera y Édgar dijo que no y pues yo terminé estudiando pero bajo (la negativa) de Édgar. Me empecé a dar cuenta de que estaba viviendo una vida igual que en mi casa. Édgar empezó a tomar y a tomar, porque estaba provocando las mismas reacciones que mi mamá provocaba porque si llegaba Édgar ebrio lo confrontaba y se va repitiendo el mismo patrón que en mi casa.<sup>8</sup>

Él (mi papá) ya había tenido una experiencia con una de mis hermanas que se había ido de la secundaria, de 2º de secundaria con el novio y pues por ese aspecto no quería realmente, pero pues porque no se le pedía ningún apoyo, de todos modos no iba a apoyar a uno en nada ¡en nada! Porque si no nos daba dinero para comer ¡mucho menos para eso (estudiar)! Y realmente por eso [...]. Todo el tiempo él (mi papá) fue mujeriego, borracho y flojo [...] este tiende él (mi esposo), pues como estamos casados por bienes separados, ha de decir “estás en mi casa y como tú estás en mi casa, yo dispongo de los que están en

<sup>8</sup> Entrevista 2S, Colima, separada, 39 años, periodista, clase baja, licenciatura, un hijo. La separación de esta mujer es definitiva tras la emigración de su pareja a Estados Unidos en busca de trabajo. La distancia le permite retomar sus estudios y trabajar, cosas que su pareja le impedía. Durante su matrimonio ella experimenta alcoholismo y violencia verbal y física, conductas experimentadas en el hogar paterno.

mi casa". O sea a disponer de, de uno como a su antojo. Y por ese lado si le digo porque, le digo (a mi esposo) "mañana, pasado, yo quisiera sí, salir del (problema) e independizarme y ya si tú te quedas ahí, haz lo que quieras" [...]. Estando lejos sigue presionando, sigue presionando en muchos aspectos de que nomás está llama, que llama, que llama. Que si me salgo al centro por algo que ocupo, "¿que a qué hora llegó? ¿A qué hora se salió?", y todo eso. Sigue presionando, de todos modos presiona. Estando aquí presiona; "pues si presionas lejos, presionas aquí, ¡pues mejor quédate aquí, de todos modos voy a sentir la presión tuya aquí!", le digo.<sup>9</sup>

En el caso de la entrevistada cuyos padres se separaron, ¿hasta dónde es posible decir que esta condición se relaciona con su propia ruptura? Veamos este fragmento.

En el momento de la separación mi papá dejó casa, camioneta y tierras. Los dos, de mis hermanos, fueron los que se encargaron de trabajarle y el chico es el que estaba estudiando todavía, pero cuando pasó eso pues todos, unos se casaron, otros dejaron de estudiar y pues todos nos desbalagamos y ya después ya nada mas quedó mi mamá sola con el más chico [...]. Trabajan mi mamá y mis hermanos y eh, todos empezamos a trabajar, ya no pudimos estudiar y nos dedicamos a trabajar [...]. Me casé a los quince años y me fui a Estados Unidos casi luego luego. No me casé enamorada, yo creo que ni él de mí ni yo de él. Y tuvimos nuestros hijos, deseados hasta eso, pero como que no coincidíamos en muchas cosas. Él tenía diferente forma de pensar, él siempre quería obtener el dinero fácil, se enredó mucho en drogas, venta de drogas, narcotráfico. A pesar de que yo le echaba la mano y le demostraba que trabajando podíamos salir adelante no se conformaba en, no se conformaba en ganar poco o vivir modestamente como la gente. Al pasar de los años estuvimos juntos 18 años. Los últimos cinco años, los últimos cinco años se metió más en lo que era más ese ambiente, de dinero, de salidas, de mujeres, de entonces ya fue donde yo dije hasta aquí. Empezó a tener queridas, novias o como se les llame, por fuera de la casa. Y ya al último fue de que tuvo hijos fuera de la casa fue la decisión que yo tomé en separarme y este como no, no él no quería aceptar. Que le decía (yo) que nos teníamos que separar, que nos teníamos que divorciar porque la situación ya no era, no era fácil.<sup>10</sup>

<sup>9</sup> Entrevista 4S, Colima, separada, 36 años, empleada doméstica, clase baja, secundaria, cuatro hijos.

La separación de esta mujer se da por celos y control económico excesivo de su pareja. Su relación reproduce relaciones de violencia verbal, económica y física experimentados en la infancia y adolescencia.

<sup>10</sup> Entrevista 1S, Tecomán, separada, 33 años, vendedora ambulante de servicios funerarios, clase baja, primaria, cuatro hijos.

En este caso se puede ver que la entrevistada eligió pareja por la emoción de iniciar una relación pero sin estar enamorada de su pareja. La vida en el hogar materno era dura por el trabajo y la desintegración familiar tras la separación de sus padres. Ella estaba acostumbrada a trabajar, lo cual valoró al inicio de su relación como un rasgo muy positivo en su pareja, pero no compartió con él vincularse al narcotráfico. No obstante, el punto que detona la ruptura es la infidelidad y la presencia de otros hijos. Estos fueron dos elementos distintos a los vividos en el hogar paterno que la llevaron a terminar la relación. Lo anterior nos muestra que el contexto familiar alienta la elección de parejas con actitudes similares y que las mujeres bien pueden tolerar esa situación si ello no les causa insatisfacción emocional o romper cuando dicha estabilidad se rompe al experimentar situaciones que la perturbaban por completo.

Revisemos ahora los dos casos de entrevistadas que crecieron en hogares con microclimas familiares más estables. En estos casos destaca que las mujeres rompieron con sus parejas a pesar de las presiones familiares para que mantuvieran la relación y aun cuando no fueron situaciones experimentadas entre los padres. Veamos un ejemplo:

Yo crecí con la imagen bastante tradicional (de la relación de pareja) y todo el día de la mano, porque además mis papás eran bastante cursis todo el tiempo, entonces eran la pareja ideal mis papás [...]. Él (mi esposo) estaba en el PRI y era el que andaba cubriendo a los senadores y todo eso y todo el rollo. Entonces en esas andaba, pero la verdad que no es un trabajo. Ya cuando salió de Televisa y se fue al PRI ya no es un horario de que tiene que presentarse todos los días, sino de cubrir eventos “no pues te va tocar irte tal día a la gira del diputado”. O sea, trabajaba en tele. Entonces te digo que yo trabajaba como burro, una cosa de todo el día, entonces me empecé a enfermar, haz de cuenta que me daba una gripa y me duraba un mes, me daba tal cosa y me duraba meses. Y yo tomando medicamento y penicilina inyectada y no se me quitaba, tenía un agotamiento, además en ese tiempo era yo un palito, como que estaba muy flaca, yo estaba agotada, estaba cansadísima. Entonces dije: “Si no salgo me voy a quedar eternamente en esta situación”. Entonces fue cuando me pareció urgente ir a hacer el postgrado, tengo que continuar estudiando, esa fue como que mi lectura de “si continúo estudiando, voy a mejorar laboralmente” [...]. Realmente cuando yo me casé no conocía mucho a Beto ¿no? [...]. Realmente nosotros desde la primera semana de casados se presentaron problemas muy graves, que yo incluso embarazada aún, todavía no nacía Diego, yo me quise separar. Decía “esta no es la vida que yo quería” pero pues estás chavo, estás enamorado, entonces te avientas (y dices) “bueno, le seguimos” [...]. Mi papá no me hacía caso, me veía como “ay esta niña tonta”, ¿no? Como “nombre hija, tómalo con calma”. Cuando ya vio que sí ya estaba yo decididísima a divorciarme, me vio como abogado, me dijo

“bueno yo te llevo el caso y te voy a llevar tanto”, dije “bueno”. Incluso pactamos “Órale, hecho, así le hacemos”. Finalmente no me lo llevó y este, mi mamá sí mostró una postura muy tradicional “No, hija este yo sé que ese muchacho no vale la pena, pero pues es tu esposo y es el papá de tu hijo, están muy jóvenes; después pueden (arreglarlo) como conciliando”. Incluso yo recién casada que empecé a ver cosas que no me gustaban dije “¡vámonos!”. Y llegué a la casa de mis papás, mi mamá me recibió “sí hija, duérmete, descansa, no te preocupes”. Y al día siguiente bajo, algo noté extraño, un movimiento extraño en la casa. Estaba mi mamá en un privado, hay un privado en la casa, el estudio de mi papá, y estaba mi mamá encerrada en ese privado hablando ¿no? Entonces de pronto abre la puerta y había estado ella negociando no sé qué con mi esposo, entonces había estado ella ahí diciéndole no sé qué cosas. Entonces sale mi mamá y me dice “ya te vas con tu esposo”. Y entonces me fui con mi esposo, recién, recién casados, pero que yo en ese momento sí tuve la entereza de decir no quiero y ya después se te va perdiendo, pues sí es cierto ¿no?, aquí me voy a quedar.<sup>11</sup>

¿Qué nos dice esto de la actitud paterna hacia el mantenimiento del matrimonio y por tanto del orden social? Las citas anteriores permiten reflexionar sobre el control paterno en el mantenimiento del vínculo conyugal, en donde la insatisfacción emocional no es considerado un factor suficiente para la ruptura. Sin embargo, la valoración fue distinta para la entrevistada, quien buscó el equilibrio emocional más que mantener el matrimonio y el orden social. La decisión puede estar alentada por el hecho mismo de haber vivido en un hogar en donde hubo esas condiciones y la posibilidad, a través del empleo y la escolaridad, de continuar adelante sin la pareja.

¿Hubiera sido posible para ellas terminar la relación sin un empleo pagado? Los datos muestran que en el 100% de los casos las entrevistadas tuvieron un empleo pagado al momento de la ruptura del lazo conyugal y en seis de 24 casos ellas estudiaron un diplomado, una maestría y un doctorado, o establecieron un negocio o buscaron un empleo antes de que la relación terminara. Este factor, aunado a su deseo de estabilidad emocional, les permitió romper con la pareja a pesar de la resistencia inicial de la familia. Asimismo, la ruptura implicó para las entrevistadas, en la mayor parte de los casos, la caída de su nivel de vida, como noté en otro momento (Cuevas, 2012). Los datos también muestran que en el 100% de los casos las mujeres tuvieron un empleo, sin importar su edad y escolaridad, al momento del divorcio o la separación. Esto sugiere que el hecho de que las entrevistadas pudieran romper con el lazo conyugal se debió a que tuvieron condiciones

<sup>11</sup> Entrevista 3S, Colima, separada, 34 años, profesora e investigadora, clase media, postdoctorado, un hijo.

para hacerlo: migración de sus parejas por cuestiones laborales, relativa o total independencia económica, el apoyo moral de familia aun cuando las presionaron a continuar con el matrimonio, y el tener un empleo pagado, entre los principales factores.

De las citas anteriores se puede observar que las estrategias de reproducción del matrimonio están determinadas por la homogamia de clase, cultural y geográfica, pero también por la personalidad y las aspiraciones de los individuos, y por tanto por el contexto familiar en que crecieron. Es en el noviazgo, aun cuando este fue veloz y distante, en donde se valoraron las cualidades del otro y se asomaron ya los microclimas familiares en que ambos crecieron. Rodríguez (1997) hace importantes reflexiones al respecto en su estudio, en donde apunta que fue en este periodo donde las mujeres se dieron cuenta de que había “cosas que no les gustaban” de sus parejas: alcoholismo, machismo, violencia, irresponsabilidad económica, etc. Estos mismos factores fueron los que eventualmente las llevaron a la ruptura. Sin embargo, la emoción de empezar un proyecto de vida conjunto, la necesidad de salir del hogar debido a problemas familiares, el estar enamorada, la presión de la familia o la sociedad por casarse, el no haber pensado la decisión con seriedad o el estar embarazada o tener *matrimonios de reparación* —como Quilodrán (2001) los llama—, les hicieron minimizar dichas diferencias.

Hace falta una investigación más amplia al respecto para identificar si esta relación es efectivamente un patrón social o no. Esto permitiría arrojar una luz muy importante a las estrategias de reproducción del matrimonio desde el plano familiar. La naturaleza del estudio aquí discutido es cualitativa; no obstante, los datos de las divorciadas y las separadas sugieren que hay una estrecha relación entre el contexto familiar en que crecemos y la elección de pareja. Dicha relación debe entenderse dentro de un marco más amplio en donde se observen tanto los fenómenos externos de las estrategias de reproducción como el peso microsociedad del fenómeno. Veamos ahora cómo eligieron al padre de sus hijos las madres solteras.

### *La elección de pareja entre las madres solteras*

En la categoría de madres solteras se encontró que en dos de seis casos las entrevistadas fueron hijas de madres solteras y en los cuatro casos restantes las mujeres crecieron en hogares nucleares. En torno a las hijas de madres solteras se puede ver que vivir en un hogar sin un padre las marcó de manera profunda. En un caso la entrevistada fue hija única de padre rico y madre pobre —quien la rechazó emocionalmente, razón por la cual abandona el

hogar a los ocho años—, y en el otro de una madre soltera con tres hijos de diferentes parejas, todos casados. Ambos procesos moldearon de manera profunda sus imaginarios de la familia y su actitud frente al matrimonio. Veamos los siguientes fragmentos.

Pero yo no me quise casar con él porque un día me dio un aventón. Dije “no, éste me dio un aventón ahorita, ¡al rato sepa Dios!”. Y así hubo otros que se quisieron casar conmigo, pero a mí no me gustó el matrimonio, porque donde quiera que trabajaba yo, le pegaba el hombre a la mujer. Dije “no, a mí no me van a pegar”. Yo no me quise casar, ¿para qué le voy a decir (que sí)? Aquí hubo un hombre muy rico que se quiso casar conmigo, pero no, yo me sentía muy pobre, muy humilde para contraer matrimonio con un rico y no me quise casar con él [...]. Pues otro ya murió, el papá de dos (de mis hijos) ya falleció y los otros todavía viven. Pero yo fui de esa mujer, a lo mejor fui tonta, no sé cómo sería, pero yo nunca les exigí a los papás de mis hijos que me dieran dinero. Le dije: “ustedes saben que tienen sus hijos, si les quieren dar, saben que tienen una obligación, si no me quieren dar, nomás no me estorben y punto”. [...] Nomás el último (de los papás de mis hijos), ése siempre ha sido responsable de una hija que tiene conmigo, tiene treinta y seis años mi hija...<sup>12</sup>

Y, y la cosa es de que, mmm, tuvimos como dos años de relaciones ¡y qué, qué tonta la idea o la decisión, este, decidí dejar de tomar los anticonceptivos para embarazarme! Porque pues yo llegué a quererlo y decidí eso, embarazarme, aunque ya después de que quedé embarazada empezaron los problemas, ¿verdad? Pero mi mamá siempre me apoyó, también como toda mamá apoyará a la hija. Pero sería porque tuve un novio, era un hombre casado, ¿verdad? Y como cinco años de estar de novios, a lo mejor me refugié mucho en esa persona para bien o para mal. Lo único bueno que quedó es mi hija, ¿verdad? Porque deja uno de verlo aunque vive aquí en el mismo cerro.<sup>13</sup>

Del primer fragmento me interesa destacar que la entrevistada se resiste a formalizar una relación con parejas violentas. ¿Por qué es esto significativo? A lo largo del artículo he sostenido que el ambiente familiar en que crecieron las mujeres moldeó sus imaginarios de lo familiar y conyugal de manera inconsciente. En las secciones anteriores he mostrado que haber vivido microclimas específicos durante la infancia y adolescencia es un factor que incide en la repetición de los mismos, aunque no son una precondition. No obstante, es posible ver que se repiten además de experimentar otros nuevos;

<sup>12</sup> Entrevista 3MS, Tecomán, madre soltera, 72 años, comerciante, clase media, analfabeta, ocho hijos.

<sup>13</sup> Entrevista 4MS, Ciudad Guzmán, madre soltera, 43 años, cocinera, clase baja, secundaria, una hija.

es decir, la ruta hacia la ruptura es multifactorial y da paso a un proceso de agencia, como ya discutí en otro momento (véase Cuevas, 2010). Asimismo, se ha visto que hay dos procesos en este camino. Uno es la experimentación de los microclimas familiares vividos en la infancia y adolescencia desde el inicio de la relación —violencia, infidelidad, abandono emocional, alcoholismo, etc.—, y otro la experimentación de microclimas nuevos y considerados intolerables, que eventualmente conducen a la ruptura. En el caso de la primera madre soltera podemos ver que ella rechazó a las parejas que la golpearon. Al revisar su historia se encuentra que no vivió violencia física pero sí abandono emocional y económico, lo cual podría explicar por qué rechazó o no pidió la ayuda económica de sus parejas. En el segundo caso vemos que la mujer se refugia emocionalmente en un hombre casado que le da estabilidad temporal. En los fragmentos podemos ver también cómo operan la homogeneidad de clase —la autoexclusión en relaciones donde la diferencia de clase es profunda— cultural y geográfica.

En ambos casos, las mujeres construyeron sus imaginarios de la familia con una figura paterna, lo cual habla de esta necesidad psicológica. No obstante, la cristalización de dicha representación en sus propias relaciones de pareja no fue posible. En el primer caso por tener la maternidad un peso mucho mayor que la vida conyugal —esto quizá como respuesta al dolor de haber sido rechazada por ambos padres— y en el segundo por ser un hombre casado.

En torno a los restantes cuatro casos de madres solteras no cuento con evidencia suficiente para decir que el contexto en que crecieron se relaciona o las llevó a tener un hijo. En este sentido me parece que lo encontrado por otras investigaciones (García y De Oliveira, 2005; Aranda y Arriagada, 2004; García y Rojas, 2002; Hyde, 2000, entre otros), dan algunas respuestas a por qué sucede esto. Los argumentos de dichos estudios atribuyen al cambio social —en particular los mayores niveles de escolaridad, el empleo y la independencia económica entre las madres solteras adultas— la elección de la maternidad. La combinación de factores económicos, culturales y personales dan como resultado para estas mujeres relaciones relativamente estables pero sin posibilidades de concretarse en matrimonio debido al desinterés y/o estado civil de sus parejas —en este caso un hombre soltero, dos casados y uno divorciado— de ser madres y romper con ello el orden social. Esto explica por qué en tres de seis casos las familias de las entrevistadas no sabían de la relación o no la aprobaban por ser hombres que no les *convenían*.

Asimismo, en cinco de seis casos los embarazos no fueron planeados y los métodos de anticoncepción fueron interrumpidos por distintos motivos.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> En un caso la entrevistada, de 30 años al momento del embarazo, se quitó para evitar

El deseo de tener hijos, ya fuera consciente o inconsciente, fue unilateral y significó en cinco casos el motivo de la ruptura. En todos los casos los hijos fueron resultado de la primera unión conyugal y de relaciones estables que terminaron durante el embarazo o meses después del nacimiento de los niños. La práctica sexual sin cuidados anticonceptivos fue la norma en esta investigación, lo cual coincide con lo encontrado por Quilodrán (2001: 299), quien sostiene que esta es una práctica sexual común entre las parejas en México. En el caso de la madre soltera que sí planeó su embarazo, se trató de una mujer que eligió la maternidad como una opción en donde la vida conyugal no fue considerada. Al revisar la homogamia de clase se encontró que partió de la afinidad de clase —ella inspectora de camiones urbanos y él chofer de camión—, ambos con los mismos niveles de escolaridad y de la misma ciudad. En cuanto a la satisfacción de la dimensión psicológica mencionada por Girard (1964) como crucial en la elección de cónyuge, la entrevistada eligió al padre biológico de su hija “porque lo conocía y sabía que no tenía compromisos e iba aceptar mi idea”.<sup>15</sup>

Los matrimonios de reparación no se dieron entre las mujeres de esta categoría porque no hubo interés de sus parejas en la paternidad ni en la vida familiar. No obstante, el deseo de las entrevistadas de ser madres —todas ellas independientes económicamente al momento de la unión— fue mayor al de permanecer solteras y sin hijos. Esto es muy interesante, ya que habla de un imaginario de familia con ellas como pilares, lo cual sugiere que la maternidad fue central en su identidad de género. Veamos finalmente cuál es la posible relación del contexto familiar y la elección de pareja entre las viudas.

---

que su hermano, médico radiólogo, le tomara una radiografía y le hiciera unos estudios pues no quería que supiera que tenía relaciones y pareja. Su pareja era un hombre casado. En otro caso la entrevistada, de 18 años y cinco de relación con su pareja —un hombre casado, ocho años mayor que ella— tomaba pastillas, se “olvidó” de comprarlas y continuó con su vida sexual. En otro caso la mujer —de 13 años al momento de iniciar la relación y 15 su pareja— nunca se cuidó. Tuvieron cinco hijos a lo largo de 18 años durante los cuales él vivió con ella hasta que se embarazaba, periodo tras el cual él vivía con otras parejas. Fue ella quien se responsabilizó moral y/o económicamente de los hijos y fungió como pilar dentro del hogar y la familia. En el caso restante, la entrevistada, de 31 años al momento del embarazo, tomaba pastillas y decidió dejar de tomarlas porque deseaba tener un hijo. Su pareja, un hombre divorciado de 39 años, no quería más hijos.

<sup>15</sup> Propuesta que él rechazó inicialmente pero más tarde aceptó. Entrevista IMS, Co-lima, madre soltera, 43 años, empleada de lavandería, clase baja, preparatoria incompleta, una hija.

*La elección de pareja entre las madres viudas*

El microclima familiar en que crecieron las viudas indica que en dos de seis casos las mujeres experimentaron inestabilidad emocional derivada de problemas entre sus padres, y en cuatro de seis el contexto familiar fue más estable y armonioso. Pareciera fuera de contexto el hacer un análisis de los datos de esta categoría debido a que las parejas de las entrevistadas murieron. No obstante, la pregunta sobre el contexto en que crecieron y su influencia en el tipo de pareja que eligieron es pertinente. ¿Cómo fue su relación conyugal? Al observar los datos se encontró que en los dos casos en donde hubo microclimas tensos los ambientes se repitieron en el clima conyugal de las entrevistadas. Veamos los siguientes fragmentos:

Fui criada, mmm, con mi abuela. Mi papá y mi mamá se casaron pero se casaron realmente por compromiso porque ya venía yo y porque mi mamá estuvo muy enamorada de un novio y el novio se le casa (a) la señorita, se venga según ella y se agarra al primero que pasó que fue mi padre. Afortunadamente y se casa, ¿no? Entonces cordialmente no pudieron hacer vida, ¿no?, y nací yo. Y este pues no había nada de madurez, no había nada de centrada, una vida centrada ¿no? Y este, afortunadamente fui la primera nieta, fui la primera nieta, y este mi abuela era una mujer fuerte todavía en ese año, todavía que fue mi primer año de vida, todavía vivió mi abuelo —mi abuelo por parte de mi madre— y este mi abuela por parte de mi madre. Eh, mi abuela en ese tiempo a de haber tenido unos 40, de 40 a 45 años, no sé exactamente, y este al ver esta situación tan frágil me llevan a casa de mi abuela [...]. Era una familia disfuncional, era una familia en la cual no se había casado mi mamá enamorada, era una familia en la cual mi papá quería mucho a mi mamá pero sentía la frustración de que no lo quería y mi papá pues tomaba igual que mi abuelo, los dos tomaban [...]. He tenido estas buenas cosas y otras tristes pero este, he sabido o diosito me ha iluminado bastante de cómo, de cómo resolverlas. ¿No salgo embarazada de mi primer hijo? Y este resulta que según la apreciación del padre lo ideal era abortarlo. No, yo no lo acepté. Estaba muy asustada, muy asustada porque tenía un año yo en el banco y temí que me corrieran. No me corrieron y nunca volví a ver a, este al papá de mi hijo [...] Ya cuando nace José Alberto, que es mi segundo hijo, e hijo de Donato, este se marca más la diferencia con mi hijo —de mi primera relación— entonces si él le compraba algo yo le compraba a Orlando porque yo no quería que sintiera él, que se sintiera menos, ¿sí? Entonces siempre decía si hay regalos para José Alberto en la Navidad, en cumpleaños o lo que sea, sobre todo en la Navidad, si hay regalo para José Alberto este y no hay para Orlando, ¡no se vale! Se queda y teníamos mucho roce, mucho conflicto por eso (con Donato) porque para él Alberto era su adoración y desde que nació se desvió por él [...]. Cuando él murió me dolió muchísimo, muchísimo porque

la situación de nosotros ya estaba bien dentro de todos estos altibajos y además ya supuestamente estaba estable, ¿no?<sup>16</sup>

Para mí entró una necesidad de casarme porque en mi casa empiezo a recordar (voz de llanto), en mi casa día con día, noche tras noche, el pleito con mis papás, mi papá no, no se preocupaba por el hogar, por los hijos, ahí ya había golpes, había gritera, maltratadera y yo me desesperaba y velaba a mi mamá porque mi papá en la noche se armaba cuchillo en la cabecera pa' quererle dar dormida. Y yo, yo pus nomás temiendo a ver a qué horas la atacaba. Así fue toda mi niñez, mi juventud hasta que me casé. Un día me entró la necesidad de casarme y, y yo dije "bueno, pus no tiene caso que yo esté aquí". Para eso mi papá me llegó a correr varias veces de la casa porque yo defendía a mi mamá y un día le agarré la palabra. Yo sí me voy a casar. Él me corrió más no me dijo "vete con fulano, ¿no?". Pero yo mi deseo era casarme bienamente. Me mandé pedir tres veces y no me dieron, anocheaban y no amanecían conmigo, me llevaban de un lado a otro. Por fin el día que ya me encontré a mi compañero (suspira) me pidió para mandarme a pedir, pero yo le dije que no que porque al cabo no me daban. Que si me respetaba, me prometía respetarme después de que se casara, se casara conmigo. Si me iba con él, él quería pedirme pero yo no quise porque dije "me van a, me van llevar, no me van a dejar". Entonces yo preferí irme con él y sí me respetó [...]. Mi marido le da lo de la raya a mi suegra, yo no podía disponer, yo nomás era como quien dice una sirvienta sin sueldo. Cuando nació mi hija que es la primera, mi marido le daba el dinero a mi suegra para que me le arrimara leche porque a mí, no tuve leche (se aclara la garganta). Entonces mi suegra me arrimaba un cuartito de arroz y tres latitas de leche de esas chiquitas de, de Nestlé y me decía "esto te ajusta pa' toda la semana". ¿Usted cree que me le iba ajustar para toda la semana una bebé chiquita? Y hasta donde pos se podía lo demás ya le da pura agua endulzada, mmm [...]. Es un cambio de vida, nunca es lo mismo ya, por lo tanto a una pareja honesta y derecha. Yo le doy el consejo que nunca se descuiden del hogar, nunca se descuiden de su marido, que sean atentas y cariñosas con su marido, con amor se logra todo, con amor se cuida. Yo no tengo en mi conciencia haber sido mala madre o mala esposa. Yo siento haber sido buena esposa porque nunca engañé a mi marido, siempre le tomé todas las consideraciones como varón, como hombre, como jefe, como cabeza principal para mí es muy importante todo eso.<sup>17</sup>

En ambos casos la relación terminó por la muerte repentina de sus parejas, el primero ahogado y el segundo asesinado. En el caso concreto de la

<sup>16</sup> Entrevista 5V, Guadalajara, viuda, 48 años, propietaria de salón de belleza, clase media, preparatoria, dos hijos.

<sup>17</sup> Entrevista 6V, Tecmán, viuda, 64 años, empleada doméstica, clase baja, 3º de primaria, cinco hijos.

primera cita, la entrevistada tenía una relación difícil con su pareja —viuda de una relación consensual y con un hijo de una relación previa— debido a la infidelidad y ausencias del hogar por semanas. Tras su muerte ella encontró que su pareja tenía otra mujer e hijo, lo cual en su opinión la ayudó a pasar el duelo más rápido. En este caso sobresale que ella construyó un imaginario del matrimonio en donde el amor era una condición básica para formarlo. Este factor fue justo el que ella identificó que le hizo falta a la relación de sus padres. No obstante, los microclimas de su infancia y adolescencia formaron un *habitus* que tuvo un papel importante en el desarrollo de su propia relación, marcada por altibajos emocionales y miedos. En el caso de la segunda cita se pueden ver microclimas familiares muy violentos que orillaron a la salida del hogar paterno. El matrimonio duró 20 años y durante los primeros la entrevistada vivió climas hostiles por la sumisión de su pareja y ella a la autoridad materna, además de un machismo exacerbado que ella toleró y al cual se sometió al estar dentro de su *habitus*. La situación conyugal mejora al establecer su propio hogar y empezar a trabajar, con lo cual ganó libertad dentro del hogar y en la toma de decisiones.

¿Cuál fue el escenario para el resto de las viudas? ¿En qué tipo de contexto familiar crecieron y cómo podría ello relacionarse con la elección de su pareja y propio microclima familiar? Las narrativas muestran que crecieron en un contexto familiar más estable, con mayor madurez emocional y mejor comunicación entre los padres. Veamos estos fragmentos:

Mi papá, yo conté mucho con el apoyo de mi papá. Yo, yo salí embarazada, yo dije “bueno, pues ya no tiene caso seguir (estudiando)”. A mí se me hacía como muy pesado, porque siempre, siempre se encuentra uno siempre con la burla de compañeros que a esa edad está uno embarazado. Sin embargo dijo mi papá “¡pa’ adelante hija. Tú no tienes comprada la vida con nadie y no puedes depender de nadie!”. Y me dijo que él me apoyaba a seguir estudiando y sí, los dos seguimos estudiando y trabajando de alguna manera, porque pues ya no es lo mismo que esté uno en su casa y nada más recibiendo eh, los apoyos económicos. Ya es diferente porque ya había que mantener a una niña. Pero con el apoyo de mis papás y de los de ellos también porque, porque ellos nos ofrecieron su casa, vivimos en la casa de él, todo ese tiempo [...]. Él desde muy chico siempre trabajó, ya un poco más grandecito, ya repartía carne en una biciletita que tenía. Le daban la oportunidad, le daban propinas por ir a llevar la carne a domicilio. Ya después con tantos años ahí en la carnicería aprendió a hacer chicharrones, se dedicaba en las tardes a hacer chicharrones, a vender, a atender la carnicería y este pues nos ayudábamos. Porque ya más adelante, ya más grande, ya cuando nos casamos, a veces lo buscaban que para una fiesta, que hacer chicharrones, fritangas, o sea, este, y de eso, de eso nos apoyábamos [...]. Cuando él falleció yo estábamos instalados los dos, tanto él como yo económicamente; yo ya era

contadora y él veterinario, este, quizás hubiéramos salido adelante más pronto, estábamos construyendo esta casa. Este, me acuerdo de cuando él falleció estaban los puros cimientos [...]. Cuando somos dos la manera de educar a los hijos quizá es un poco mejor, porque cuando uno ve que se equivoca la otra persona pues entre los dos, se nos hace un poco más fácil decir “este, ¿sabes qué?, no vamos a hacer esto porque estamos fallando en esto”. Sin embargo, las responsabilidades es mucho más pesado cuando es uno *solo* porque en uno *solo* recae la responsabilidad de si los hijos salen adelante por buen camino o no. Y a veces uno no sabe si está haciendo uno lo correcto o no.<sup>18</sup>

Yo quise estudiar, este, me gustaba mucho estudiar enfermera pero como el tiempo de antes la mamá era muy cerrada, siempre mi mamá a mí me dijo “yo sé inyectar, yo sé poner sueros, este, los primeros auxilios, sé los primeros auxilios todo, hacer curaciones”. Porque a mí me gustaba ser una enfermera, me gustaba como llevar enfermos y traerlos y siempre añoré como trabajar en un hospital, trayendo enfermos. Pero mi mamá no me dejó ser enfermera, que era la carrera muy costosa. Ya, ya, y siempre me dijo “¿cómo vas a estudiar esa carrera, ¿no? ¡Es muy cochina esa carrera! Además, ¿cómo le vas a ver las nalgas a los viejos?”. Y uno pues así, ¿verdad? Uno chiquillo pues decía “no, pues sí es cierto”. Y pues si ahorita les digo eso a mis hijas pues se rien de mí, “mi mamá está loca pues cómo, ¿no?”. Pues así siempre decía mi mamá y no me dejó ser y pues ya después cuando ella se enfermó, porque ella murió joven, ella murió de 58 años de cáncer en la vagina, ya después cuando ella estuvo mala, ella me decía ¡Ay hija, hubieras sido enfermera! Mira, me hubieras curado. Y yo pues “si mamá, pero pues ya pasó y pues punto y aparte” [...]. Teníamos una farmacia mi esposo y yo porque yo de soltera trabajé en un farmacia en (Ciudad) Guzmán. Entonces viendo mi esposo (la situación), compramos una farmacia y teníamos un negocio de farmacia pero pues al morir él ya ve que todo se acaba y ya no le fían a uno igual y ya con todas esas farmacias que llegaron grandotas pues ya no funcionó [...]. Lo manejábamos (el negocio) entre los dos pero él se murió y yo quedé *sola* y tres años duré con el (negocio) pero ya no era negocio, es, era puro meterle (dinero) [...]. Y duré como 20 años de casada nomás, extraño el cariño, porque era muy cariñoso, era bueno y nada más duramos, ¿qué? Pues 20 años casados.<sup>19</sup>

De los fragmentos anteriores se puede afirmar que los microclimas familiares y las decisiones paternas influyeron de manera profunda en el curso de vida de las entrevistadas, tanto en un sentido negativo como positivo. En este sentido, apoyarlas emocional, material y económicamente durante el embarazo se combinó de manera positiva para generar un clima de esta-

<sup>18</sup> Entrevista 4V, Tecmán, viuda, 39 años, contadora, clase media, licenciatura, dos hijos.

<sup>19</sup> Entrevista 1V, Colima, viuda, 54 años, cocinera, clase baja, secundaria, tres hijas.

bilidad en su propia relación conyugal. La evidencia de Figueroa, Jiménez y Tena (2006), y Ramírez (2006) sobre la importancia de los modelos paternos en el ejercicio de la paternidad en los embarazos adolescentes, además de la propia evidencia de esta investigación, me permiten afirmar que ambos contextos están estrechamente relacionados. Si bien hacen falta investigación y estudios más amplios al respecto, los datos a la mano permiten vislumbrar nexos claros e importantes. En el mismo sentido opera lo expresado por la entrevistada en el segundo fragmento de la cita. La actitud de su madre frente a sus aspiraciones profesionales y educativas limitó significativamente sus posibilidades económicas en la viudez. Dicha evidencia permite ver de qué manera estos microclimas y *habitus* inciden en prácticamente todas las etapas de la vida del ser humano, aunque no son claramente algo inamovible.

En las narrativas de las viudas también se puede observar que la valoración de su relación de pareja fue muy positiva. En este punto es necesario reflexionar sobre dos puntos. El primero es valorar los niveles de funcionalidad de la relación y satisfacción con la misma, aun cuando las entrevistadas enfrentaron problemas de infidelidad y machismo exacerbado. ¿Cómo superaron estas dificultades? ¿Por qué la relación no terminó? En los dos casos señalados las narrativas señalan que la relación extramarital fue algo accidental y que el machismo era parte de la cultura de *todos* los hombres. A la par de ello se encontró que las entrevistadas clasificaron a sus esposos como hombres buenos, comprometidos con la familia, cariñosos, respetuosos, buenos proveedores y, situación no menos importante, buenos amantes. Estas valoraciones adquieren particular importancia al transitar de una familia nuclear a una monoparental —lo cual causa un cambio de estatus de la familia y las mujeres— al perder la compañía y el apoyo de la pareja, y ser excluidas por ser consideradas un peligro para otras relaciones y ser acosadas al verse como mujeres *disponibles*, como ya discutí en otro momento (véase Cuevas, 2010: 764-765). Es así que la expresión *mujer sola* adquiere sentido para las entrevistadas y la investigación. El concepto hace referencia a todo este tipo de carencias que de acuerdo con su juicio, serían muy difíciles de satisfacer en una nueva relación. No es sólo que el mercado para las segundas nupcias sea reducido —aunque bien vale decir que va en aumento— sino que la satisfacción de las necesidades emocionales es vista como algo difícil de lograr. Este conjunto de factores se combinan y favorecen una alta valoración de la relación conyugal.

Una observación final sobre la valoración de las experiencias de duelo tras la muerte de la pareja o la ruptura con ella es la importancia del tiempo en la reconstrucción de la memoria. He observado que a mayor tiempo transcurri-

do entre la muerte de la pareja o el rompimiento del lazo conyugal, mayor es la probabilidad de que el duelo haya terminado y el proceso de agencia haya iniciado. La desintegración de la familia nuclear lleva a una reconfiguración profunda de la identidad femenina y de la posición de la familia en el entramado social. Es por ello que la mayor parte de las entrevistadas se perciben como *mujeres solas*, ya que quedan *solas* frente a la enorme responsabilidad de mantener y educar a los hijos.

La ausencia de políticas sociales enfocadas al apoyo de familias que transitan de un modelo a otro y que abarque a las mujeres y hombres de todas las clases sociales es una deuda urgente y pendiente. El hecho de que la mayor parte de las entrevistadas perciban a su familia como incompleta y que la mayor parte de los discursos, políticos y prácticas excluyan a este y otro tipo de estructuras de sus programas, habla del daño social que el patriarcado causa en estos sujetos y núcleos. En esta lógica patriarcal la creación de nuevas familias se dará en una condición de desventaja social y hasta económica. A favor de esta situación se puede decir, como Bourdieu (2002: 35-36) señala, que las estrategias de elección de pareja contravienen lo esperado pero a la vez son un intento consciente e individual, inspirado en la crisis del modo de reproducción consolidado. Las normas sociales diferentes no son fijas y no están institucionalizadas. Al observar los nexos entre el contexto familiar en que crecimos y la pareja que elegimos se puede afirmar que nuestros *habitus* y microclimas familiares influyen en esta decisión; aunque vale la pena aclararlo, no la predeterminan de manera irremediable. La norma siempre puede cambiar.

## Conclusiones

Hace falta una investigación más amplia al respecto para identificar si esta relación es efectivamente un patrón social o no. Esto permitiría arrojar una luz muy importante a las estrategias de reproducción del matrimonio desde el plano familiar. La naturaleza del estudio aquí discutido es cualitativa; no obstante, los datos empíricos analizados sugieren que hay una estrecha relación entre el contexto familiar en que crecemos y la elección de pareja. Dicha relación debe entenderse dentro de un marco más amplio en donde se observen en las estrategias de reproducción del matrimonio, además de la homogamia de clase, cultura y geografía, los fenómenos microsociales, como los deseos personales y los microclimas familiares.

Las narrativas de las madres solas sugieren que sin distinción de clase social, la relación de los padres fue el punto de partida para la construcción de

imaginarios sobre la vida de pareja de las entrevistadas. Si bien se encontraron algunas diferencias significativas por categorías de estudio y clase social, fue evidente que problemas como el alcoholismo, la violencia física y emocional—la cual fue transclasisista—entre los problemas más recurrentes, marcaron la pauta para elegir—la mayor parte de las veces de manera inconsciente—una pareja con la cual se reprodujo parte de las condiciones experimentadas durante la infancia y la adolescencia en el seno familiar.

No obstante, el hecho de haber crecido en hogares altamente problemáticos también permitió la construcción de imaginarios y condiciones de vida favorables para las madres solas. En todos los casos analizados la agencia fue central en este proceso, aun cuando el costo de dicha conciencia y ejercicio de poder fuera el estigma, el conflicto familiar y ocupar un estatus sociocultural de menor categoría al que se tuvo durante la vida conyugal.

Los datos empíricos generados por esta investigación arrojaron una importantísima luz a las relaciones entre el contexto familiar y la construcción de imaginarios sobre la vida en pareja y la maternidad, así como de la subjetividad e identidad femenina de mujeres urbanas de ciudades medias. En este sentido, las reflexiones vertidas en el artículo permiten ver que el matrimonio no es la aspiración universal de todas las mujeres y que el amor como elemento inicial y fundamental de las relaciones de pareja estuvo presente en una minoría de casos.

De igual manera, las observaciones hechas a los cambios en las mentalidades entre las entrevistadas y sus padres permitieron observar que la transición de una familia nuclear a una monoparental fue dolorosa e incierta, ya que se experimentó tanto el rechazo inicial de la familia como un vacío legal que las llevó a enfrentar la pobreza tras la muerte o ruptura con la pareja. Las lógicas patriarcales que las sometieron y presionaron para mantener—como lo hicieron sus madres y muchas generaciones de mujeres antes que ellas—relaciones poco satisfactorias y en ocasiones en sumo violentas debido al estatus que les otorgó el matrimonio o la vida en pareja, fueron confrontadas por ellas. Al hacerlo alteraron el orden social imperante y enfrentaron el duro cuestionamiento familiar y social, pero lograron también la satisfacción de necesidades emocionales que dieron inicio a un proceso de agencia.

Asimismo, otro dato que destaca es la transformación de su identidad tras la muerte de la pareja o ruptura con ella. Todas ellas enfrentan vulnerabilidad tras este evento, lo cual sugiere, como ya he discutido en otro momento (Cuevas, 2012), la persistencia del patriarcado al interior de las instituciones, como de la mayor parte de la sociedad. Esta persistencia debilita la posición de las mujeres que no tienen pareja—al ser vistas como un peligro para otras

relaciones o como objetos sexuales— como el de las familias que transitan de un modelo nuclear a uno monoparental.

Finalmente quiero observar que al analizar los vínculos entre los factores micro y macroestructurales que influyen en la elección del cónyuge desde las entrevistas a profundidad, es posible conocer otros aspectos antes no considerados en el estudio de la elección de parejas. Asimismo, considero que hacerlo e integrar una perspectiva de género ayuda a ver cómo y por qué se transita de un modelo familiar a otro. Una investigación de más largo alcance permitiría identificar patrones de comportamiento familiar e individual en la elección de pareja, y la manera en que la reproducción de estrategias matrimoniales en este ámbito se da a la par de la forma en que se confronta dicho orden. Lo aquí discutido abre una veta de estudios promisorios en este campo de estudio.

Recibido: agosto de 2011

Revisado: septiembre de 2012

Correspondencia: Universidad de Colima/Av. Universidad 333/Col. Las Vívoras/C.P. 28040/Colima/Colima/correo electrónico: ajcuevas@uacol.mx

## Bibliografía

- Acosta, Gladys (2008), “Cambios legislativos en la formación y disolución de familias: una mirada de contexto”, en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas, UNFPA, CEPAL, pp. 201-210.
- Aranda, Verónica e Irma Arriagada (comps.) (2004), *Cambio de las familias en el marco de las transformaciones globales: necesidad de políticas públicas eficaces*, Serie Seminarios y Conferencias 42, Santiago, Naciones Unidas, UNFPA, CEPAL, UNIFEM, SIDA.
- Ariza, Marina y Orlandina de Oliveira (2008), “Familia y políticas públicas en México y en Centroamérica”, en Irma Arriagada (coord.), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas, UNFPA, CEPAL, pp. 259-269.
- Arriagada, Irma (coord.) (2008), *Familias y políticas públicas en América Latina. Una historia de desencuentros*, Santiago, Naciones Unidas, UNFPA, CEPAL.
- Arriagada, Irma (ed.) (2005), *Políticas hacia las familias, protección e inclusión sociales*, Serie Seminarios y Conferencias 46, Santiago, Naciones Unidas, UNFPA, CEPAL.
- Bertaux, Daniel e Isabel Bertaux-Wiame (1994), “El patrimonio y su linaje: transmisiones y movilidad social en cinco generaciones”, *Estudios Sobre las Culturas Contemporáneas*, vol. VI, núms. 16-17.

- Bourdieu, Pierre (2002), "Estrategias de reproducción y modos de dominación", en P. Bourdieu, *Las estrategias de la reproducción social*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 31-50.
- Bourdieu, Pierre (1993), *The Field of Cultural Production*, Londres, Polity Press.
- Butler, Judith (2006), *Gender trouble. Feminism and the Subversión of Identity*, Londres, Routledge.
- Castoriadis, Cornelius (1975), *L'Institution imaginaire de la société*, París, Seuil.
- Constable, Nicole (2003), "A Transnational Perspective on Divorce and Marriage: Philippina Wives and Workers", *Identities: Global Studies in Culture and Power*, núm. 10, pp. 163-180.
- Cuevas, Ana J. (2012), "El imaginario de la familia y los hijos de las *mujeres solas* tras la ruptura del lazo conyugal", en Ana J. Cuevas (coord.), *Identities mexicanas individuales y colectivas en el siglo 21*, México, Plaza y Valdés, pp. 95-120.
- Cuevas, Ana J. (2010), "Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción", *Estudios Sociológicos*, vol. XXVIII, núm. 84, septiembre-diciembre, pp. 753-790.
- Figuerola, Juan, Lucero Jiménez y Olivia Tena (2006), "Introducción", en J. Figuerola, L. Jiménez y O. Tena (coords.), *Ser padres, esposos e hijos: prácticas y valoraciones de varones mexicanos*, México, El Colegio de México, pp. 9-53.
- García, Brígida y Olga Rojas (2002), "Los hogares latinoamericanos durante la segunda mitad del siglo XX: una perspectiva sociodemográfica", *Estudios Demográficos y Urbanos*, núm. 50, pp. 261-288.
- García, Brígida y Orlandina de Oliveira (2005), "Mujeres jefas de hogar y su dinámica familiar", *Papeles de Población*, núm. 43, enero-marzo, pp. 29-51.
- Girard, Alain (1964), "Le choix du conjoint. Une enquête psycho-sociologique en France", *Population*, núm. 4, pp. 727-732.
- Goffman, Erving (2006), *Estigma. La identidad deteriorada*, Buenos Aires, Amorrortu.
- Hall, Stuart (2003), "Introducción: ¿quién necesita 'identidad'?", en Stuart Hall y Paul du Gay (comps.), *Cuestiones de identidad cultural*, Buenos Aires, Amorrortu, pp. 13-39.
- Harris, Scott (2008), "What is Family Diversity?", *Journal of Family Issues*, núm. 29, pp. 1407-1425.
- Hyde, Abbey (2000), "Age and Partnership as Public Symbols. Stigma and Non-Marital Motherhood in an Irish Context", *European Journal of Women's Studies*, vol. 7, núm. 71, pp. 71-89.
- Lauser, Andrea (2008), "Philippine Women on the Move: Marriage Across Borders", *International Migration*, vol. 46, núm. 4, pp. 85-110.
- Quilodrán, Julieta (2001), *Un siglo de matrimonio en México*, México, El Colegio de México, pp. 291-300.
- Quilodrán, Julieta (2000), "Atisbos de cambios en la formación de parejas conyugales a fines del milenio", *Papeles de Población*, núm. 25, pp. 9-33.
- Quilodrán, Julieta y Viridiana Sosa (2004), "El emparejamiento conyugal: una dimen-

- sión poco estudiada de la formación de parejas”, en Marina Ariza y Orlandina de Oliveira (coords.), *Imágenes de la familia en el cambio de siglo*, México, UNAM, pp. 217-250.
- Ramírez, Juan Carlos (2006), “¿Y eso de la masculinidad?: apuntes para una discusión”, en G. Careaga y S. Cruz Sierra (eds.), *Debates sobre masculinidades*, México, PUEG-UNAM, pp. 31-56.
- Robichaux, David (2003a), “El matrimonio en Mesoamérica ayer y hoy”, en David Robichaux (comp.), *El matrimonio en Mesoamérica ayer y hoy: unas miradas antropológicas*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 13-54.
- Robichaux, David (2003b), “La formación de pareja en la Tlaxcala rural y el origen de las uniones consuetudinarias en la Mesoamérica contemporánea; un análisis etnográfico y etnohistórico”, en David Robichaux (comp.), *El matrimonio en Mesoamérica ayer y hoy: unas miradas antropológicas*, México, Universidad Iberoamericana, pp. 205-236.
- Rodríguez, Cecilia (1997), “Entre el mito y la experiencia vivida: las jefas de familia”, en Soledad González y Julia Tuñón (comps.), *Familias y mujeres en México*, México, El Colegio de México, pp. 163-194.
- Scott, Joan (1999), “El género, una categoría útil para el análisis histórico”, en Marysa Navarro y Catherine Stimpson (comps.), *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires, FCE, pp. 37-75.

### **Acerca de la autora**

Ana Josefina Cuevas Hernández es doctora en sociología por la Universidad de Essex, Inglaterra, y actualmente es profesora e investigadora de la Facultad de Letras y Comunicación de la Universidad de Colima. Sus áreas de interés son diversidad familiar, hogares dirigidos por mujeres y cambio intergeneracional y sus interconexiones con género y cambio social. Entre sus publicaciones recientes citamos “El imaginario de la familia y los hijos de las *mujeres solas* tras la ruptura del lazo conyugal”, en A. J. Cuevas (coord.), *Identidades mexicanas individuales y colectivas en el siglo 21*, México, Plaza y Valdés, 2013, pp. 95-120; y “Jefas de familia sin pareja: estigma social y autopercepción”, *Estudios Sociológicos*, vol. XXVIII, núm. 84, septiembrediciembre, 2011, pp. 753-790.

